



Visita al territorio de Martin Amis



La Escalera

Lugar de lecturas

Primera parte

I. LO QUE VA DE UN LADO A OTRO, NO SIGUE UN RUMBO FIJO

Desperté del más negro sueño y me encontré rodeado de *médicos*... Médicos norteamericanos: percibí su vigor, tan incontrolable como su profuso vello corporal, y también el ominoso tacto de sus ominosas manos, manos de médico, fuertes, limpias, aromáticas. Aunque mi parálisis era ya casi total, advertí que podía mover los ojos. No es que se movieran mucho, pero se movían. Los médicos parecían aprovecharse de mi inmovilidad. Tuve la impresión de que hablaban de mi caso, pero también de otros asuntos relacionados con su copioso tiempo libre: de sus aficiones y de cosas por el estilo. Y entonces me vino a la mente un pensamiento que me sorprendió por su sencillez y su sinceridad, rotundo, claro: ¡cómo aborrezco a los médicos! A cualquier médico. A todos los médicos. Consideremos el conocido chiste de judíos, en el que una anciana corre aturdida por la orilla del mar, gritando: «¡Socorro! ¡Mi hijo, el médico, se ahoga!». Divertido, diría yo. Es su orgullo, diría yo, lo divertido: es más grande que su amor. Pero ¿a santo de qué enorgullecerse de esos niños *médicos*? (¿por qué no avergonzarse, por qué no un incrédulo terror?): amigos íntimos de los bacilos y las triquinas, de los traumas y la gangrena, con su repugnante vocabulario y su instrumental no menos repugnante (el ensangrentado peto de goma, colgando de un gancho en la pared). Son los porteros de la vida. ¿Cómo es posible que haya quien quiera serlo?

Los médicos que rodeaban mi cama llevaban, por descontado, una indumentaria mucho más deportiva; emanaba de ellos una vaga confianza en sí mismos, como la que proporciona un bronceado perfecto, y esa unanimidad que inspira la seguridad de ir en grupo. Dadas mis circunstancias, sus modales podrían haberme resultado insultantemente despreocupados. Sin embargo, la propia insulsez de aquellos médicos, o corredores de medio fondo, o culturistas, o lo que fuesen aquellos expertos en lozanía, me infundió ánimos; seguramente, esto tuvo que ver con su sonriente propensión a darse buena vida. La buena vida, al fin y al cabo, es mejor que la mala vida. Da la debida importancia al *wind-surf*, por ejemplo, a la placentera compra de valores de futuro asegurado y al tiro con arco, y al vuelo en ala delta, y a la buena mesa. Mientras dormía, soñé con un... No, no fue así. Lo explicaré de otra manera: presidía las tinieblas de las que yo había despertado una figura, una silueta masculina, envuelta en un aura incommensurable, imposible de definir, que encerraba cosas tales como la belleza, el terror, el amor, la inmundicia y, sobre todo, el poder. Esta silueta o esencia masculina parecía llevar algo así como una bata blanca (una bata blanca y almidonada, impecable, de médico). Y botas negras. Y también una especie de sonrisa. Pienso que aquella imagen tal vez fuera un fantasmagórico negativo del Médico Número Uno, con su chándal negro, sus robustas zapatillas deportivas, y la mueca de satisfacción que esbozó al señalarme el pecho con un movimiento de cabeza.

El tiempo pasó entonces sin dejar ni rastro, pues se había entregado por completo a la lucha, con la cama cubierta de redes como una trampa o un foso, y la sensación de iniciar un terrible viaje, un viaje hacia un secreto terrible. ¿Con qué tendría que ver el secreto? Con él, era con él: el hombre menos indicado en el momento menos indicado y en el lugar menos indicado. Era evidente que me iba fortaleciendo. Mis médicos venían y se iban, con las manos inertes y conteniendo la respiración, para admirar mis nuevos gorjeos y gimoteos, mis crispaduras más espectaculares,

mis atléticas contorsiones. A menudo, había allí una enfermera, sola, en adorable vigilia. Su uniforme color crema crujía como si fuera de celofán, un ruido en el que sentí que podía apoyar todos mis anhelos y mi esperanza. Y es que por aquel entonces había mejorado notablemente y me sentía en plena forma. Nunca había estado mejor. Las sensaciones, con todos sus lujos, regresaron primero a mi costado izquierdo (de repente) y luego al derecho (con alegres circunvoluciones). Me gané incluso las alabanzas de la enfermera al arquear ágilmente la espalda, casi sin su ayuda, cuando me puso la cuña... De todos modos, seguí tendido allí, en un estado de festiva tranquilidad, durante no sé cuánto tiempo, hasta que llegó la mala hora... y los celadores. Con los doctores golfistas me las arreglaba como podía, y la enfermera era un regalo que no había merecido. Pero entonces vinieron los celadores, que me administraron dosis de aire y electricidad. Eran tres. Nada ceremoniosos. Entraron a toda prisa en la habitación, me envolvieron con mi propia ropa, hecho un guiñapo, y me dejaron tendido en el jardín. Hasta aquí, pase. Luego, con los mangos de una comba de saltar, parecidos a dos teléfonos (blanco... al rojo vivo), me soltaron una descarga en el pecho. Por último, antes de largarse, uno me besó. Creo que sé cómo llaman a este beso. Lo llaman el beso de la vida. Después, debí de desmayarme.

Y cuando volví en mí, fue con un ¡plop! bien audible en los dos oídos, y una intensa conciencia de mi soledad, y un sentimiento de amor y admiración por el estolido corpachón dentro del que estaba, el cual incluso en aquellos momentos iba a la suya, despreocupado, y trataba de estirarse todo lo que podía por encima de unos rosales para clavar en la pared de madera una enredadera que se había soltado. El corpachón se tomó su tiempo para colocar la enredadera; sus movimientos eran lentos; sí, realmente, sabía lo que se hacía. Hubiera querido relajarme y contemplar el jardín... pero algo falla. Sí, algo falla: este cuerpo que me lleva se niega a obedecer mis órdenes. Mira a tu alrededor, le digo. Pero su cuello no me hace caso. Sus ojos tienen su propio programa. ¿Será algo

grave? ¿Estamos bien? No me entró el pánico. Tuve que arreglármelas con la visión periférica; a falta de pan, buenas son tortas. Vi partículas de flora rizadas que bailoteaban temblorosas, como pulsaciones o débiles explosiones, a los lados de la cabeza. Y el ambiente que me rodeaba era de un verde pálido, un ambiente cerrado y adornado con lo que parecían marcas de agua, como... como los billetes americanos. Fui de un lado a otro, desgarbado, sin prisas, hasta que empezó a oscurecer. Dejé de cualquier manera las herramientas en el cobertizo. Un momento, espera. ¿Por qué entro en casa caminando *hacia atrás*? Espera. ¿Se pone el sol, o amanece? ¿Cuál... cuál es la secuencia del viaje que estoy haciendo? ¿A qué reglas obedece? ¿Por qué cantan los pájaros de ese modo tan raro? ¿Hacia dónde me encamino?

Sea como fuere, lo cierto es que se han establecido una serie de hábitos. Parece que poco a poco les voy cogiendo el tranquillo.

Así pues, aquí estoy, en la América de la ropa tendida y los buzones ante las casas, en la América inocua, en la *América* afable, de colores primarios, en donde se mezclan gentes de todas las procedencias y, si tú estás bien, pues yo también. Me llamo, ciertamente, Tod Friendly. Tod T. Friendly. Pero también estoy allí. Estoy ante los locales donde se reúne la inexperta juventud, o en la Ferretería Mundial de Hank, o en la extensión de césped que hay delante del blanco edificio del Ayuntamiento, sacando el pecho y con los brazos en jarras mientras me río silenciosamente: ¡ja, ja, ja! Porque yo soy así. Allí estoy. Estoy en la verdulería, en la oficina de correos, diciendo «¡Hola!» y «¡Hasta luego!» y «¡Bien, bien...!». Pero no es así del todo. Más bien suena como:

—Neib. Neib —dice la dependienta de la farmacia.

—Neib —me sumo a sus monosílabos—. ¿Lat éuq?

—Mm-mmm. Isa, Isa —dice la dependiente mientras desenvuelve mi loción para el cabello. Mientras me voy caminando de espaldas, me llevo la mano al sombrero. Hablo sin volición, igual

que hago todo lo demás. A decir verdad, me costó bastante darme cuenta de que el lamentable gorjeo que oía a mi alrededor era, en realidad, el lenguaje humano. ¡Diantre, si hasta las alondras y los gorriones parecen más dignos! Traduzco esa cacofonía humana por puro interés. Pronto le cogí el tranquillo. Ahora tengo mucha soltura, incluso puedo soñar en ese lenguaje. Hay otro lenguaje, un segundo lenguaje, aquí, en la cabeza de Tod. Algunas veces también soñamos en ese lenguaje.

Así pues, allá vamos, con el sombrero bien puesto y el mejor de los calzados, la *Gaceta* doblada bajo el brazo, pasando por delante de los cortos caminos privados para coches (EN APRETADA SUCESIÓN), de los buzones con sus nombres (Wells, Cohén, Rezika, Meleagrou, Kłodzinski, Schering-Kahlbaum y muchísimos más), de la apacible ambición de todo hogar (Por favor, respete los derechos del propietario), de los autobuses llenos de críos a rebosar, del letrero amarillo: DESPACIO - ZONA ESCOLAR, y del perfil oscuro de ese jovencito alocado con la cartera de colegial aplastada contra el pecho (no mira a ninguna parte; claro, está demasiado ocupado corriendo; la cara, los ojos, todo él va inclinado hacia el suelo; no piensa en los automóviles: sólo le interesa ejercer del modo más pleno posible su derecho al ejercicio físico). Cuando los críos pasan zumbando a mi lado en el supermercado, restregó su pelo revuelto con la casta caricia tradicional. Tod Friendly. No tengo acceso a sus pensamientos, pero sus emociones me arrastran como una avenida. Soy un cocodrilo en el ancho río de sus sentimientos. ¿Saben una cosa? Cada mirada, cada par de ojos, incluso cuando se entornan con sincero aprecio, hace blanco en algo que hay dentro de él; y percibo el calor del miedo y la vergüenza. ¿Es eso lo que me espera? El miedo de Tod, cuando me paro a analizarlo, verdaderamente, es terrorífico. Y es inexplicable. Tiene que ver con su propia mutilación. ¿Quién podría hacer tal cosa? ¿Cómo podría evitarlo?

Fíjense en esto. Rejuvenecemos. En serio. Y nos fortalecemos. E incluso *crecemos*. No acabo de habituarme al mundo en que

estamos. Todo resulta vagamente familiar, pero no inspira confianza. Ni la más mínima. Éste es un mundo de errores, de errores diametrales. El resto de la gente rejuvenece también, pero se diría que le importa tan poco como a Tod. No le resulta contrario a sus intuiciones y un tanto desagradable, como me pasa a mí. Con todo, soy impotente: no puedo hacer nada, absolutamente nada. No me es posible convertirme en una excepción. ¿Llevarán los demás a alguien dentro de sí, un pasajero o un parásito como yo? Tienen suerte. Me juego cualquier cosa a que no tienen el mismo sueño que nosotros. Esa figura de la bata blanca y las botas negras. Tras su estela, una tempestad de viento y aguanieve, como una tormenta de almas.

Todos los días, cuando Tod y yo terminamos de leer la *Gaceta*, la devolvemos al quiosco. Me fijo bien en la fecha. Y ¿saben qué pasa?: después del 2 de octubre es 1 de octubre. Después del 1 de octubre es 30 de septiembre. ¿Cómo se explica eso? Se dice que los locos guardan en el interior de sus cabezas una película, o al menos un decorado, que ordenan y decoran, y por el que deambulan. Pero Tod está cuerdo, al menos en apariencia, y no vive solo en el mundo. Sin embargo, tengo la sensación de que esta película han empezado a pasarla por el final.

No soy totalmente inocente.

Por ejemplo, resulta que estoy equipado con una abundante información que no vale nada, o de cultura general, si así se prefiere. $E = mc^2$. La velocidad de la luz es de 335.000 kilómetros por segundo. ¡No es nada lenta! El universo es finito, pero ilimitado. En cuanto a los planetas, son Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón... ¡pobre Plutón, bajo cero, subnormal, hecho de hielo y de roca, tan lejos del calor y de la luz! La vida no es un lecho de rosas. Está llena de altibajos. Triunfas en algunas ocasiones, eres derrotado en otras. A veces es ancha y llana. Otras veces hay que subirla cuesta arriba. Lo que va de un

lado a otro, no sigue un rumbo fijo. 1066, 1789, 1945. Dispongo de un vocabulario soberbio (mónada, retráctil, necrópolis, palíndromo, antidesestabilizacionismo) y de un dominio imperturbable de las reglas gramaticales. El apóstrofo, en la frase inglesa «Please Respect Owner's Rights», no está donde debería. (Y lo mismo pasa con el del cartel que se ve en la carretera, el que ensalza las excelencias de Rogers Liquor Locker e indica su situación). Aparte de las palabras que denotan movimiento o proceso, que siempre me obligan a echar mano de las comillas («dar», «caer», «comer», «defecar»), el lenguaje escrito me resulta perfectamente comprensible, al contrario que el hablado. Ahí va otro chiste: «Ella me llama y me dice: "Puedes venir. No hay nadie en casa". Así que voy para allá y ¿sabes qué pasa? Pues que no hay nadie en casa». Marte es el dios de la guerra en la mitología romana. Narciso se enamoró de su propio reflejo..., de su propia alma. Si haces un trato con el diablo, y quiere que le entregues algo a cambio, no permitas que se lleve tu espejo. Tu espejo no, de ninguna manera, pues es tu reflejo, tu doble, el que comparte tus secretos. Una cosa hay que decir del diablo: obra por iniciativa propia y no se limita a obedecer órdenes.

Nadie podría acusar a Tod Friendly de estar enamorado de su propio reflejo. Al contrario, no soporta verlo. Se acicala al tacto: se afeita con maquinilla eléctrica y él mismo se corta el pelo con unas tremendas tijeras de cocina. ¡Sabe Dios qué aspecto tendrá! Hay en casa unos cuantos espejos, como cabría esperar, pero él no los consulta ni se enfrenta a ellos. De vez en cuando le veo de refilón en el escaparate oscurecido de una tienda; a veces también percibo su reflejo distorsionado en el cromado de un grifo o de un cuchillo. Hay que decir que mi curiosidad es avivada por una nerviosa ansiedad. Su cuerpo no parece nada prometedor: las épicas manchas café con leche en el dorso de las manos, el torso envuelto en carne fláccida que huele a pollo y a menta, los pies. Nos cruzamos con algunos espléndidos ejemplares de anciano americano por las avenidas de Wellport: orondos abuelos y

veteranos y fornidos lobos de mar; en verdad, «magníficos». Tod no es magnífico. Todavía no. De momento, está bastante cascado; anda encorvado, mira de reojo y se siente avergonzado. ¿Y su cara? Bueno, pues ocurrió; de noche, entre dos pesadillas. Había llegado paso a paso hasta el cuarto de baño, a oscuras, y se desmoronó sobre el lavabo, desorientado, sin saber quién era, intentando sosegarse o recuperar la calma por medio del agua corriente. Tod soltó un gemido y se enderezó ante el espejo oscuro, y alargó la mano en busca del interruptor. Se entretiene demasiado, pensé. *Debería* hacerlo a la velocidad de la luz. ¡Venga, va! ¡Ahora...!

Esperaba verlo hecho una mierda, pero aquello fue ridículo. ¡Santo cielo! Realmente, estamos hechos una mierda, para qué negarlo. Parecemos una boñiga de vaca, de verdad. ¿Sería posible que aquello fuera una persona? Sí; lentamente, tomó forma: la cabeza de Tod. La flanqueaban dos grandes orejas como guitarras, y sobre su cuero cabelludo, que recordaba una piel de naranja, se enroscaban como gusanos sus ralos cabellos. Que, encima, son grasiéntos. Esto ya lo suponía: todas las mañanas embotella el mejunje que despiden y, cada dos meses o así, lleva el envase a la farmacia, donde le dan 3 dólares con 45 centavos por él. Y otro tanto hace con ese polvo de olor dulzón que se desprende de sus carnes misteriosamente culpables... Y qué diré del propio rostro: entre sus ruinas y sus reliquias, que no dicen nada, hay un remolino de expresividad en torno a los ojos, severo, reservado, impregnado de un peculiar sentido del humor, y lleno de temor. Tod apagó la luz. Volvió a la cama y reanudó su pesadilla. Sus sábanas tienen el blanco olor del miedo. Estoy obligado a oler lo que él huele: los polvos de talco, el olor de sus uñas antes de que el fuego las escupa en el plato para ser implantadas dolorosamente en sus temblorosos dedos.

¿Son figuraciones mías, o esta manera de vivir es realmente

extraña? Por ejemplo, toda la vida, todo el sustento, todo lo que tiene algún sentido (y buena parte del dinero) derivan de un solo aparato doméstico: la cadena del retrete. Al terminar el día, antes de tomarme el café, allá voy. Y ya está allí: ese humillante y *cálido* olor. Me bajo los pantalones y tiro de la mágica cadena. De pronto, ahí está todo, incluido el papel higiénico, que desdoble y enrollo después, con destreza, en el portarrollos. Acto seguido, me subo los pantalones y aguardo a que se me pase el dolor. El dolor, tal vez, de todo el proceso, de tanta dependencia. No es de extrañar que gritemos al hacerlo. Un rápido vistazo al agua limpia en la taza. No sé, pero a mí esta vida me parece un infierno. Después, las dos tazas de café descafeinado antes de meterse uno en la cama.

Comer tampoco tiene ningún atractivo. Primero apilo los platos limpios en el lavavajillas, que funciona estupendamente, diría que al igual que todos los demás electrodomésticos que me ahorran trabajo, hasta que llega un hijoputa gordinflón vestido con mono y los estropea con sus herramientas. Pero de momento funciona. Así que sacas un plato sucio, recoges unos restos de comida del cubo de la basura y esperas un poco. Pronto mi garganta envía a mi boca una serie de masas informes de diversos alimentos, y después de darles un habilidoso masaje con la lengua y los dientes, los escupo al plato, donde acabo de esculpirlos con el cuchillo, el tenedor y la cuchara. Por lo menos, esto es bastante terapéutico, a no ser que te las tengas que ver con una sopa o un puré. Eso sí que puede ser su muerte. Después viene el laborioso proceso de enfriar los alimentos, reunirlos, envasarlos y llevarlos al supermercado, en donde, todo hay que decirlo, se me retribuye con prontitud y generosidad por mis impropios esfuerzos. Luego, me paseo entre los estantes con un carrito o una cesta, dejando los botes y los paquetes en su lugar correspondiente.

Otra cosa me desazona seriamente en mi vida actual: la lectura. Me levanto renqueando de la cama todas las noches, para empezar el día, y ¿con qué? Pues no con un libro. No, ni siquiera con la *Gaceta*. Me paso dos o tres horas con una porquería de periódico

sensacionalista. Empiezo por el pie de una columna y avanco trabajosamente página arriba, hasta encontrar que cada artículo queda resumido de forma nada edificante con unas letras grandes como el puño de un bebé. UN HOMBRE DA A LUZ A UN PERRO. O, *VEDETTE VIOLADA POR UN PTERODÁCTILO*. Greta Garbo, leo, se ha reencarnado en un gato. ¡Y todas esas tonterías acerca de los gemelos! Una raza superior, nórdica, descenderá bien pronto de las gélidas nubes del cosmos; regirá los destinos de la tierra durante un milenio. Y dale que te pego con lo de la Atlántida. Claro que todo eso resulta lógico, porque son los basureros quienes me traen la lectura. Entro en casa las bolsas, esas bolsas que han salido de las fauces monstruosas y la violencia industrial del camión de la basura. Y me siento a escupir en mi vaso mientras me empapo a fondo de esa sarta de estupideces. No me queda más remedio. Estoy a merced de Tod. ¿Qué ocurre? En el mundo, quiero decir. No hay manera de enterarse. Excepto cuando a Tod se le va la vista del crucigrama de la *Gaceta*. Me paso la mayor parte del tiempo mirando fijamente cosas como *Lo contrario de minúsculo* (nueve letras) o *Sin ensuciar* (seis). Hay una vitrina en el cuarto de estar. Tras los cristales polvorrientos, los polvorrientos lomos de los libros están en posición de firmes, esperando una orden. Nada, ni caso. En cambio: VIDA SEXUAL EN PLUTÓN. SOY ZSA ZSA GABOR, AFIRMA UN SIMIO. ¡QUINTILLIZOS SIAMESES!

De todos modos, a medida que los años pasan dando tumbos, nos hemos ido llevando algunas alegrías inesperadas. Diría que la era de Reagan obra maravillas en el estado anímico de Tod.

Físicamente, me encuentro en plena forma. Los tobillos, las rodillas y el espinazo ya no me duelen a todas horas; bueno, más bien, ya no me duele todo al mismo tiempo. Llego a donde sea mucho más aprisa que antes; me refiero a sitios como, por ejemplo, el otro lado de la habitación. Llego ahí en un periquete. Mi porte es casi principesco. Hace mucho tiempo que vendí el bastón.

Tod y yo nos sentimos tan estupendamente que nos hemos hecho socios de un club y jugamos al tenis. Puede que haya sido algo prematuro, lo reconozco. Y es que, al menos al principio, nos dejaba la espalda baldada. El tenis es un deporte bastante soso, de eso ya me he dado cuenta: la pelota, cubierta de pelusa, sale de la red, o de la tela metálica que hay al fondo de la pista, y los cuatro nos ponemos a darle raquetazos hasta que el jugador que saca se la mete en el bolsillo, con bastante arbitrariedad, diría yo. Pese a todo, saltamos, resoplamos de un lado a otro, felices hasta cierto punto. Nos tomamos el pelo y nos burlamos los unos de los otros: de nuestros bragueros, de nuestros cabestrillos. Las raquetas suenan *¡pap!* Tod ha hecho muchos amigos; se diría que a todo el mundo le cae bien. No sé qué piensa Tod de ellos; sólo sé, por lo que indican sus glándulas, que no necesita ninguna atención especial, que no necesita atenciones de ninguna clase.

Nos pasamos la mayor parte del tiempo en la sala del club, jugando a las cartas. Es en esa sala donde veo al presidente, en la tele que hay en la pared, sobre una repisa. Pues sí, los ancianos, esos viejecitos llenos de manchas que forman coros mientras toman sus zumos de frutas, se lo pasan en grande con el presidente: qué manera de fruncir el ceño, qué meteduras de pata, qué cabello tiene, fetén. A Tod le gusta la sala del club, y eso que hay allí un hombre al que teme y odia. Se llama Art y es un abuelo grande como un gorila que da unas palmadas en la espalda que te desloman, y tiene una voz penetrante y poderosa que parece venir de ultratumba. Hasta yo me quedé petrificado de miedo la primera vez que Art se inclinó sobre la mesa en la que estábamos, le soltó a Tod un pescozón que por poco le parte el cuello y le dijo después, con un vozarrón tremendo:

—*Te las comes con los ojos.*

—Sí. ¿Qué? —dijo Tod.

Se inclinó un poco más.

—Los otros, a lo mejor, no se han dado cuenta, Friendly, pero yo sé muy bien qué andas buscando.

—¡Ah, bueno!, eso son exageraciones.

—¿Qué, sigues persiguiéndolas? —gritó Art, y se alejó con paso enérgico.

Cada vez que intentamos pasar sin ser vistos al lado de la mesa de Art, se hace el silencio, y entonces se oye un penetrante susurro que resuena de un lado a otro de la sala:

—Tod Friendly: tenía más cara que culos ha visto un asiento de retrete.

A Tod eso no le gusta nada. No le hace ni pizca de gracia.

No obstante, he observado que últimamente, en el supermercado, los ojos de Tod Friendly se pegan como lapas a las *fráuleins* que empujan sus carritos. Los tobillos, el nacimiento de las caderas, el hueco de la clavícula, el cabello... Por otra parte, Tod tiene una arqueta negra llena de fotos de mujeres. Putones escandalosos, vestidas de fiesta hortera y con trajes de lo más cutre. Cartas festoneadas con cintitas, guardapelos, las chucherías del amor. Más al fondo de la arqueta, en las profundidades donde Tod no suele hurgar con demasiada frecuencia, las mujeres son cada vez más jóvenes, y visten prendas como *shorts* y bañadores. Si todo esto significa lo que yo creo, tengo razones para estar muy impaciente. La verdad es que no sé si podré esperar. No sé si tiene algún sentido decir que me estoy empezando a cansar de la compañía de Tod. Estamos unidos de un modo absoluto. Pero no es bueno que él esté tan solo. Su aislamiento es total. Y es que no sabe que yo estoy aquí. A todas horas nos da por coger nuevos hábitos. Malos hábitos, según entiendo yo: en cualquier caso, hábitos solitarios. Tod peca a solas... Le gustan el alcohol y el tabaco. Empieza el día dándose a estos vicios —el vaso de vino a escondidas, el puro meditabundo—, y se supone que eso es muy pernicioso, ¿no? Pero aún hay más. No con demasiado entusiasmo, ni tampoco con gran éxito, al menos por lo que yo alcanzo a entender, hemos empezado a hacer algo evidentemente sexual con nosotros mismos. Eso sucede, *cuando* sucede —más bien pocas veces—, nada más despertarnos. Luego nos ponemos en pie a

duras penas, recogemos las ropas del suelo y nos sentamos a babear hasta llenar el vaso mientras soplamos un pausado puro mirando el periódico lleno de absurdas sandeces sensacionalistas.

No podría decir, y la verdad es que necesitaría saberlo, si Tod es bueno. O lo malo que es. Les quita los juguetes a los niños, en la calle. De veras. El niño está con su nerviosa madre, con su papá grandullón. Tod se les acerca. El juguete, que puede ser un patito que hace cuá o cualquier cosa por el estilo, le es ofrecido por la sonriente criatura. Tod lo acepta. Y se marcha sonriendo de un modo que me parece muy forzado para mostrar su agradecimiento. El niño parece confuso, desconcertado, o crispado. Desaparecen a la vez el juguete y la sonrisa: Tod se lleva el juguete y la sonrisa. Después encamina sus pasos a la tienda, a cambiarlo... ¿Por qué? Por un par de dólares. ¡Parece increíble! Sería capaz de quitarle una piruleta a un bebé, con tal que le reportara cincuenta centavos de beneficio. Tod va a la iglesia y todo eso, claro. Entra en la iglesia los domingos arrastrando los pies, con sombrero, corbata y traje oscuro. Esa mirada de commiseración que se recibe de todos los presentes, nada más entrar... bueno, se diría que Tod la necesita, que no puede vivir sin ese tranquilizante social. Nos sentamos en hileras y adoramos un cadáver. Pero está bien claro qué anda buscando Tod. ¡Joder, si es que no tiene vergüenza! Siempre coge un billete de los grandes del cestillo de la colecta.

Todo es extraño para mí. Sé que vivo en un planeta feroz y mágico, que derrama lluvia o renuncia a ella, o incluso se la quita de encima a latigazos, sin parar, y que arroja centellas de oro eléctrico al firmamento, a una velocidad de 335.000 kilómetros por segundo, y que con un simple encogimiento de sus placas tectónicas es capaz de erigir toda una ciudad en media hora. La creación... es fácil, es rápida. También hay un universo, al parecer. Pero yo no soporto la vista de las estrellas, aun cuando sé que están allí, me guste o no, y no tengo más remedio que verlas, porque Tod mira

hacia arriba cuando es de noche, como todo el mundo, y se llena de admiración y señala aquí y allá. La Osa Mayor, Sirio, el Can Mayor. Para mí, las estrellas son agujas y alfileres, son como la ruta que ha de seguir una pesadilla. Mejor que no unas los puntos... De todas las estrellas, sólo una puedo contemplar sin sentir dolor. Y resulta que es un planeta, ese planeta que unos llaman Lucero del alba y otros Lucero vespertino. Venus, el vehemente.

Hay cartas de amor —lo sé— en esa arqueta negra que tiene Tod. Me repito que he de cultivar la paciencia. Entretanto, algunas veces pliego y cierro como buenamente puedo y luego despacho cartas que no hemos escrito. Es Tod quien las hace, con el fuego. Aquí al lado, en la chimenea. Después, salimos a pasear y las metemos en nuestro buzón, donde hay un letrero que dice T. T. FRIENDLY. Son cartas para mí, para nosotros. Por ahora, sólo hay un corresponsal. Alguien de Nueva York. Siempre es la misma firma a pie de página. Bueno, también es siempre la misma carta. Dice así: «Estimado Tod Friendly: espero que esté bien de salud. ¡Aquí el tiempo sigue en calma! Con mis mejores deseos, afectuosamente...». Estéis cartas llegan anualmente, más o menos a principios de año. Bien pronto empezaron a resultarme reiterativas e insulsas. Tod piensa de modo muy distinto. Durante noches y noches, antes de que lleguen las cartas, su fisiología trasluce un miedo que le hace estar alerta, al que sigue un despreciable alivio.

Pero, en cambio, me gusta mirar la luna. Tiene una cara, a estas alturas del mes, especialmente timorata y redondeada, como el alma exiliada o degradada de la tierra.

II. HAY QUE SER CRUEL PARA SER BUENO

Todos estos acontecimientos se sucedieron uno tras otro. Una casa nueva. Una carrera. El uso de un automóvil propio. Y una vida amorosa. Pero resulta que, con tanta actividad y todo lo demás, apenas he tenido un momento para mí.

La mudanza fue una operación perfectamente simétrica: lúcida, elegante. Llegaron unos hombretones y cargaron todos mis trastos en una camioneta. Yo los acompañé en un taxi (por el camino, intercambiábamos chistes sin parar) hasta nuestro destino. Que era, por cierto, la ciudad. Bajamos por la carretera 6, al sur del río, cruzamos las vías del tren, dejamos atrás los corrales de ganado y sus herrumbrosos corsés, sus tirantes artríticos, sus aparatos ortopédicos. La casa nueva es más pequeña que aquélla a la que ya nos habíamos acostumbrado: tiene una terraza, dos piezas arriba y otras dos abajo, y un modesto patio trasero. Me encanta el sitio, porque lo que ando buscando, supongo, es la variedad humana y el agradable pluralismo de los Estados Unidos, y aquí todo eso se da con creces. Tod, en cambio, no da pie con bola. Está confuso. Me doy perfecta cuenta. Por ejemplo, el mismo día en que hicimos la mudanza, mientras los transportistas andaban de un lado a otro con los cajones de madera y las cajas de cartón, Tod salió al jardín, aquel jardín en el que tantos años había trabajado. Se arrodilló y se puso a oíslquear con vehemencia, con pasión... Hasta cierto punto, resultó hermoso. Sobre la hierba seca se formaron unas gotas de humedad, como rocío, que se elevaron luego por el aire como si las

hubiesen propulsado las secas sacudidas de nuestro pecho. La humedad nos bañó las mejillas deliciosamente, hasta que nuestros ojos la absorbieron por entero con un cosquilleo. ¡Qué desazón! ¿Por qué? Supuse que en aquellos momentos lloraba por el jardín y por lo que le había hecho. Aquel jardín era un verdadero paraíso cuando empezamos, pero con el paso de los años... Bueno, sólo quiero decir que no fue culpa mía. Yo no tomé la decisión. No puedo hacerlo. Así que las lágrimas de Tod eran lágrimas de remordimiento, o lágrimas propiciatorias. Lágrimas vertidas por lo que había hecho. Hay que verlo para creerlo. Una pesadilla: plantas marchitas, mildiu, hongos, plagas. Con paciencia, fue desecando y reduciendo a polvo los tulipanes y las rosas, metió después en sobres sus cadáveres recién exhumados, y los llevó a la tienda, en una bolsa de papel, a cambiarlos por dinero. Enteró las malas hierbas y los espinos en la tierra; y la tierra aceptó toda esa asquerosidad, se apoderó de ella con gesto convulsivo. Ésos son, pues, los frutos del meticuloso vandalismo de Tod. Los moscardones, las moscardas y las moscas caballunas son sus amigos. ¡Ah!, y los tábanos. Da la impresión de que los llama a que se posen sobre su rostro con un suave movimiento de muñeca. Los tábanos, aficionados al músculo, se retiran y regresan; descansan, frotándose las patas llenas de ansiedad e inquina. La destrucción... es difícil. La destrucción es muy lenta.

La creación, ya lo he dicho, no plantea ningún problema. Pasa con ella lo mismo que con el coche. Una de las primeras cosas que hacemos, así que nos hemos instalado, es dejarnos caer por un minúsculo garaje o cementerio de coches, pocas manzanas más al sur. Yo diría que este establecimiento es como una caja de cerillas. Sólo que es tan pequeño, que no sé dónde podrían meter las cerillas. Los edificios que rodean el garaje están medio en ruinas. Eso es, evidentemente, lo propio de las ciudades contemporáneas. Tal vez haya gente capaz de trabajar en ellas. Pero no se espera en serio de nadie que viva en ellas. El contenido, el significado y el contenido, se concentran por entero en la parte alta de la ciudad, en

los pilares mellados de los rascacielos. Bueno, el coche parecía estar bien. Era como cualquier otro coche. Tod, en cambio, lo miró con verdadera ansia, con el tibio calor de —no sé cómo expresarlo — un amor frustrado. El dueño del garaje no tardó en unírsele, mientras se frotaba los dedos grasientos con un trapo más grasiento aún. Acto seguido, Tod le suelta ochocientos pavos. El hombre cuenta la pasta y los dos discuten un rato; Tod dice novecientos, el otro baja a setecientos, y luego a seiscientos, y Tod sube a mil, y así un buen rato. Cuando se queda a solas con el coche, Tod pasa los dedos por la carrocería. ¿Qué andará buscando? Una cicatriz. Un trauma... Que yo recuerde, esa mañana Tod estaba tristón. Por la tarde había asistido a un entierro, o, mejor dicho, había sido testigo accidental de uno, casi a hurtadillas, en el desierto cementerio, donde las sepulturas se confundían con la tierra. Se santiguó y se marchó lo más deprisa que pudo. Volvimos en autobús; los autobuses tardan una eternidad en llegar a cualquier parte, y están siempre llenos hasta los topes de borrachos y de niños que no paran de llorar y de chillar... Los coches son otra cosa. *Los coches*. Cada día volvíamos al garaje; a cada día que pasaba, aquel coche nuestro estaba en una condición cada vez más lamentable. ¿Ochocientos dólares? Y la verdad es que aquellos monos grasientos sudaban la gota gorda, con los martillos y las llaves, realizando su prolongada tarea de paciente destrozo.

Ni que decir tiene que, para cuando fuimos a buscarlo (en otro sitio: en la parte alta de la ciudad), el coche de Tod estaba hecho un acordeón. No es que nosotros estuviéramos muy en forma, que digamos. Aquella gestión tuvo un preliminar tremadamente ingrato. El hospital. Ni más ni menos. Un repaso en Urgencias... Llegamos, pues, hasta allí (no sé muy bien cómo, pero Tod se conoce esta ciudad del revés) y, por suerte, no tuvimos que esperar demasiado. En Urgencias se hace lo que hay que hacer: te quitas la camisa, te dejas auscultar y manosear, pero con la cabeza gacha; no tienes ningún interés en saber qué es lo que hacen allí. No es un sitio donde te convenga levantar la voz. No es asunto tuyo. Los de la

ambulancia me llevaron después a la parte alta de la ciudad, al escenario del accidente. Allí estaba mi coche, como un jabalí viejo y enloquecido cazado en medio de un salto, con el hocico y los colmillos aplastados, humeantes. No me sentí demasiado bien cuando el agente de policía me metió con calzador en el asiento del conductor, ni cuando después se empeñó en cerrar a toda costa la arrugada puerta. Simplemente, me recosté y dejé que Tod se hiciera cargo de todo. Nos miraba un corro de gente, gente de todas clases; durante un rato, Tod los estuvo mirando a su vez con cara de idiota. Pero pronto decidió lo que debía hacer. Pisó a fondo el pedal del freno y el coche inició una mareante convulsión de acelerones y chirridos. Con un hábil golpe de volante dio un vigoroso tirón de la boca de riego inclinada sobre la acera, hasta enderezarla, y salimos disparados serpenteando a toda velocidad, calle arriba. Otros coches tocaron el claxon al unísono para llenar estruendosamente el súbito vacío de nuestra estela.

Minutos más tarde: el primer vencimiento de nuestra vida amorosa. Lo cual fue una curiosa coincidencia. Llegamos a casa; Tod aplastó el acelerador contra el suelo para detenerse en seco, con violencia. No hizo una pausa para admirar el coche (parecía nuevo, tanto mejor), sino que entró apresuradamente, tiró el abrigo de cualquier manera, y jadeando, acalorado, se abalanzó hacia el teléfono.

Procuré concentrarme. Creo que lo pillé casi todo. Fue, más o menos, así:

—¡Adiós, Tod!

—¡Espera! ¡No te precipites!

—¿Qué más da? Todo esto es una mierda.

—¡Irene! —dijo él.

—Sí que lo haré, Tod. Me siento completamente hundida. ¿Cómo hemos podido acabar así?

—¡No, no lo harás!

—¡No, no lo haré! ¡Me voy a suicidar!

—¡No, no lo harás!

—Pienso llamar ahora mismo al *New York Times*.

—¡Irene...! —dijo con renovado calor. Se le notaba en la voz, se le notaba en todo el cuerpo.

—Sé que has cambiado de nombre. ¿Qué me dices a eso, eh? Sé que te fugaste.

—¡No digas tonterías!

—Voy a delatarte.

—¿Ah, sí?

—Se te escapa por la noche. En sueños.

—¡Irene!

—Sé cuál es tu secreto.

—¿De qué se trata?

—Quiero que sepas una cosa.

—¡Irene, estás bebida!

—Eres un desgraciado.

—¿Sí? —dijo Tod con tono de aburrimiento... Y colgó. Dejó el teléfono en su sitio y escuchó cómo sonaba con mecánica persistencia. Y después escuchó su silencio. Era evidente que sus sentimientos estaban como en suspenso, eso resultaba claro... Bien, después de una escena así, supongo que las cosas han de mejorar por fuerza. Me entraron ganas de que Tod hurgase en las profundidades de su negra arqueta, para tener una idea de cómo era la tal Irene. No fue así, claro. Pero hubiera estado bien.

Puede que el amor sea igual que conducir.

—Papi, se acabó lo que se daba: esto ya no rueda más.

Eso dijo el mecánico, con su mono embadurnado de grasa. Eso dijo el celador del hospital, con su bata blanca y almidonada. Pero los dos se equivocaban. Por el contrario, nuestros días al volante acaban de empezar. Me parece que Tod debe de añorar la vieja casa, la de Wellport, porque allí terminan la mayor parte de los viajes que hacemos. Todavía tiene la llave. Entramos y recorremos una habitación tras otra. Ahora todo está vacío. Se dedica a medir

las cosas. Estas mediciones las hace con amor. Más recientemente, hemos empezado a inspeccionar otras casas en la zona de Wellport. Ahora bien, ninguna de ellas merece tomarse la molestia de medirla, al contrario que la vieja casa. De vuelta por la carretera 6, conduce despacio.

Hemos empezado a encontrar cartas de amor en el cubo de la basura, cartas de Irene. Las mira y las remira con la cabeza inclinada, y las guarda después en un cajón, no sé dónde. Puede que el amor sea igual que conducir. Cuando la gente se desplaza, cuando viaja, mira al lugar de donde viene, y no a donde va. ¿Será eso lo que hacen siempre los seres humanos? Entonces, el amor sería igual que conducir, lo cual, a primera vista, no parece que tenga mucho sentido. Por ejemplo, tienes cuatro marchas atrás y sólo una marcha adelante, pero marcada con una «R», de *reverse*. Cuando conducimos un automóvil no miramos hacia dónde vamos. Miramos, en cambio, al lugar de dónde venimos. Hay accidentes, por descontado, pero, a pesar de los pesares, todo va bien. Por toda la ciudad fluye y se derrama esta sinfonía de confianza.

Mi carrera... No me apetece hablar de eso. Ni creo que les apetezca que les hable de ello. Una noche me levanté de la cama y conduje el automóvil —bastante mal— hasta una oficina. Allí celebré una fiesta con mis nuevos colegas. A las seis en punto entré en una habitación, en la que había una mesa sobre la cual estaba escrito mi nombre, me puse una bata blanca y empecé a trabajar. ¿De qué? ¡De médico!

A medida que la vida se acelera, me muevo entre las gentes de la urbe, por este escenario urbano, entre el metal y el cemento de la ciudad, entre sus más bruscas interacciones, con una energía y un ímpetu nuevos. La ciudad —y eso que hay ciudades mucho más grandes que ésta (como Nueva York, donde el tiempo, según me acabo de enterar, sigue en calma)—, la ciudad, decía, influye en la gente que vive en ella. Tal vez influya más aún en quienes no

deberían vivir en ella. Al menos ahora. Son personas fuera de lugar, que no deberían estar aquí precisamente ahora. Irene no debería estar en la ciudad. Tod está aquí en su salsa, al menos en ciertos aspectos. Ha dejado de ir en coche hasta Wellport, pero me juego cualquier cosa a que echa de menos la temporada que pasamos allí, aquella falta de vigor, tan segura y moralmente neutra, de cuando llevaba el pasivo uniforme de la vejez. Los viejos no son crueles, ¿verdad que no? No se espera crueldad de los viejos, de los lisiados. La crueldad, ¡ay!, tiene los ojos brillantes, la lengua rosa...

Esto es más que una ciudad. Es el centro de una ciudad, en estado bruto. A pesar de la nueva categoría profesional de que goza, Tod vive entre las clases bajas. Bajo, centro: ¿cómo se manifiestan estas circunstancias? Diantre, ¿de dónde han salido las ciudades? Cabe imaginarse, más o menos, el monstruoso esfuerzo que ha de entrañar la demolición de las ciudades (a siglos vista, mucho después de los días que me toque vivir) y la subsiguiente creación de una tierra placentera: la tierra verdeciente, la tierra prometida. Me alegro de no haber estado presente cuando surgió la ciudad. Debió de haber sido literalmente lanzada a la vida. Debió de haber sido lanzada a la vida desde un inmenso y abrumador vacío hecho de polvo y humedad. Mis colegas del trabajo tienen tendencia a residir, y me parece prudente y de sobras comprensible, en lo alto de la colina o en los barrios del este, hacia el océano. Pero es posible que Tod Friendly sienta la necesidad de la ciudad absoluta, donde siempre estará rodeado de gente, donde nunca le señalará nadie con el dedo.

¿Qué cómo se desarrolla mi carrera? Una noche, de esto hará más o menos un mes, Tod despertó en un estado de insólita desesperación, a medio vestir, la verdad sea dicha, mientras todo crujía intolerablemente a su alrededor, como si el dormitorio estuviese amarrado a un cabestrante que se fuera aflojando dentro de sus entrañas, donde gime su secreto. Pensé: no es de extrañar que ayer me sintiese tan mal. Y es que el día de ayer siempre es

terrible cuando Tod empina el codo. Luego se incorporó e hizo algo... «significativo»: cohibidamente significativo. Entramos en el cuarto de estar y cogimos el reloj de bronce que siempre ha adornado la repisa de la chimenea (¡qué manos tan fuertes tiene!), y bruscamente lo envolvimos en el alegre papel que encontró en el cubo de la basura. Tod se quedó quieto unos instantes, mirando la esfera del reloj, y luego contempló su rostro en el espejo con una sonrisa agridulce. La habitación seguía dando vueltas a nuestro alrededor. En el sentido contrario a las agujas del reloj. El coche nos llevó en un santiamén hasta el mostrador de recepción de los Servicios Médicos Asociados, por la carretera 6. Tod, por cierto, entregó nuestro reloj a una de las enfermeras, la pequeña Maureen. La pequeña Maureen estaba bastante nerviosa, pero le salió un discurso estupendo. ¡Ah, la pequeña Maureen, cuyo rostro tanto me turbaba! Rubia, pecosa, abyectamente nórdica, con la boca demasiado grande o demasiado volcada al exterior, concebida para expresar sólo impotencia. Impotencia: esperanza y desesperanza, todo a un tiempo.

Bueno, no voy a pretender que todo el asunto ese de la medicina fuese una sorpresa absoluta. Esta pequeña casa lleva cierto tiempo llenándose de parafernalia médica, de instrumental variado para galenos. Libros de anatomía, surgidos del fuego en el patio trasero. Talonarios de recetas. Un cráneo de plástico. Un buen día, Tod sacó de la basura un escrito enmarcado y lo colgó de un clavo en el cuarto de baño. Con gesto divertido, leyó aquella escritura adornada... durante unos cuantos minutos. Como es natural, me llevo una sorpresa cuando pasan cosas como ésta, porque las palabras tienen perfecto sentido, aun cuando Tod las lea empezando por la última letra.

Juro por Apolo Médico, y por Asclepio, y por Higia, y por Panacea, y por todos los dioses y diosas, a quienes pongo por testigos, que cumpliré, según mi capacidad y mi criterio, este juramento y esta declaración escrita...

Mi vida y el ejercicio de mi arte serán puros y santos. Cuando entre en una casa, lo haré sólo para bien de los enfermos, absteniéndome de malas acciones y de todo daño voluntario...

Tod soltó una buena carcajada al leer esto... También, el característico maletín negro, salido de un armario. Dentro, todo un mundo de dolor.

Un pequeño estadio de dolor, las tinieblas al fondo. Ahora Irene llama por teléfono a Tod con bastante regularidad. Sería buena cosa, supongo, que nos conociéramos el uno al otro: como paso previo. Está tranquila y (por lo general) serena; Tod acepta estas llamadas como si fuesen uno de sus múltiples deberes, y se sienta a contestarlas con resignación, con un vaso de *whisky*, con un paciente puro. Dice Irene que está triste, que se siente muy sola. Ha advertido que cada vez siente menor inclinación a culpar a Tod de su infelicidad. Dice que sabe de sobras que es un miserable, que no consigue entender por qué le quiere... Yo tampoco lo entiendo. Pero es que el amor es muy extraño. El amor es muy extraño. A veces, Irene acaricia —sin demasiada pasión, todo hay que decirlo— la posibilidad del suicidio. Tod le advierte que hablar de tales cosas es pecaminoso. Personalmente, considero que podemos desechar el *suicidio*, por tratarse de una amenaza sin sentido. Lo he considerado. El suicidio no es una opción, ¿verdad que no? En este mundo, no. Una vez estás aquí, una vez te encuentras a bordo, ya no es posible bajarse en marcha. No se puede abandonar.

Irene llora, pero sin estridencias. Tod insiste en sus consejos. Ella lo siente. Más lo siente él. Así son las cosas.

Ojalá que al final sepa hacerla feliz.

Por lo que hace a la práctica médica en sí, he terminado por volverme muy estoico. No es que tenga nada que decir al respecto. No soy yo quien da las órdenes. No soy el que lleva los pantalones. Por eso, considero que el estoicismo es mi única esperanza. Se diría que Tod y yo nos hemos adaptado muy bien al trabajo; de momento, nadie se ha quejado de nada. De momento, también, nos hemos librado de las escenas de casquería que se organizan por aquí; algunas, si las contase, nadie las podría creer. Es

sorprendente, pero Tod tiene fama de ser muy remilgado, lo que le ha valido no pocas bromas, así como cierta consideración. Digo que es sorprendente porque sé muy bien que Tod, de remilgado, no tiene nada. Yo sí que tengo remilgos. Yo soy el remilgado. Tod es capaz de aguantar lo que le echen. Su ánimo —temerario, distante — no se commueve por las tareas que realizamos a diario, las miradas de ansiedad, los olores que desprende la carne humana lacerada. Tod lo soporta bien, mientras que yo me siento destrozado por todo. Desde mi punto de vista, el trabajo no es más que un ataque de pánico que dura ocho horas. ¿Me imagina alguien ahí dentro, agazapado, sintiendo náuseas, intentando apartar la mirada...? Voy asumiendo la cuestión de la violencia, cuestión muy peliaguda, difícilísima. Intelectualmente, logro admitir a duras penas que la violencia es saludable, que la violencia es positiva. Pero dentro de mí todo se resiste a aceptar su intrínseca fealdad. Siempre he sido así, ahora me doy cuenta, incluso cuando estábamos en Wellport. El sollozar entrecortado y los hipidos de un niño, que calma en seco el firme tortazo del padre con una sola mano, o una hormiga muerta que revive por efecto de la despreocupada presión de la suela de un zapato, o un dedo herido que sana y cicatriza gracias a la hoja de un cuchillo: esas cosas, y otras parecidas, me hacían encogerme y mirar a otro lado. Pero el cuerpo en el que vivo y con el que me muevo, el cuerpo de Tod, nada siente.

Parece que nos especializamos en las siguientes áreas: burocracia, gerontología, enfermedades del sistema nervioso central y lo que llaman *charla amistosa*. Me sitúo enfundado en mi bata blanca, con el martillo de los reflejos, diapasones, una linterna minúscula, espátulas, alfileres, agujas. Mis pacientes son incluso más viejos que yo. Hay que decir que, habitualmente, parecen bastante animados cuando entran. Se vuelven, toman asiento, dicen que sí valerosamente con la cabeza. «Eso es todo», dice Tod. El paciente contesta: «Gracias, doctor», y le entrega su receta. Tod coge el trozo de papel y hace el numerito habitual con la pluma y el

talonario de recetas.

—Voy a recetarle algo —dice Tod con cierta grandilocuencia— que le hará sentirse mejor.

Una mierda de colores, como si no lo supiera yo: en el momento menos pensado, con prepotencia y brusquedad, y más teniendo en cuenta lo poco que se conocen, Tod le meterá el dedo en el culo.

—Asustado, más bien —dice el paciente al tiempo que se suelta el cinturón.

—Pues yo lo encuentro bien —dice Tod—. Para la edad que tiene, claro. ¿Se siente usted deprimido?

Después del asunto de la camilla (podrido trámite para los dos: ¡cómo nos estremecemos todos!), Tod se dedica a palpar; por ejemplo, la carótida, en el cuello, y las arterias temporales, delante de los oídos. Luego, las muñecas. Después saca a relucir la campanilla del fonendoscopio, sobre la frente, encima de las órbitas.

—Cierre los ojos —dice Tod al paciente, el cual, como es natural, los abre inmediatamente—. Cójame de la mano. Levante el brazo izquierdo. Bien, así. Relájese, es sólo un momento.

Entonces le suelta la *charla amistosa*, que por lo general viene a ser como sigue:

Tod: Podría provocar el pánico entre los asistentes.

Paciente: Gritar ¡fuego!

Tod: ¿Qué haría si estuviese en el cine, o en un teatro, y viese una llamarada y una humareda?

Tod hace una pausa.

Paciente: Perdone, ¿cómo ha dicho?

—Esa respuesta es anormal. La respuesta normal habría sido: «Nadie es perfecto. No critiquemos a los demás».

—Que no ve tres en un burro —dice el paciente, frunciendo el ceño.

—¿Qué da a entender la frase: «Ve la paja en el ojo ajeno y no ve la viga en el propio»?

—Eh..., setenta y seis. No, ochenta y seis.

—¿Cuánto es noventa y tres menos siete?

—1914-1918.

—¿Cuáles son las fechas de la Primera Guerra Mundial?

—De acuerdo —dice el paciente, enderezándose en su asiento.

—Ahora voy a hacerle unas cuantas preguntas.

—No.

—¿Duerme usted bien? ¿Tiene algún problema digestivo?

—Cumpliré ochenta y uno en enero.

—Y tiene usted... ¿Qué edad tiene?

—Que me siento raro.

—Vamos a ver: ¿cuál es el problema?

Y eso es todo. A decir verdad, no se les ve demasiado animados cuando se marchan. Retroceden, se alejan de mí con los ojos muy abiertos. Y ya está: se han ido. Hacen sólo una pausa para cumplir con una obligación que encuentro bastante absurda: llamar quedamente a la puerta al salir. Al menos puedo asegurar que a todos esos vejetes no les hago ningún daño, ni real ni duradero. Al contrario que casi todos los demás pacientes de los Servicios Médicos Asociados, de aquí no salen mejor ni peor de como entraron.

La consideración social de que disfrutan los médicos es, sin duda, formidablemente elevada. Cuando el médico circula entre las gentes, con su bata blanca, con su maletín negro, los ojos de todo el mundo parecen elevarlo a las alturas. Las madres son las que mejor lo expresan: se comportan como si el médico tuviera cierto poder sobre sus hijos; como médico, puedes dejar solos a los niños, o llevártelos y traerlos más adelante, si eso es lo que decides. Sí, caminamos muy tiesos. Nosotros, los médicos. Nuestra sola presencia es escarmiento y correctivo de los demás: los pone sumamente serios. Los ojos de los demás, mirando al suelo, dan al médico su porte distinguido, su semblante heroico e inquisitivo, ese nimbo carente de humor. El soldado biológico. Y ¿a cambio de qué? ¡Ah...! Una de las cosas que me ayudan bastante a sobrellevar todo esto, dejando a un lado las parrafadas que me echo con Irene, es que ahora Tod y yo nos encontramos estupendamente. Físicamente,

quiero decir. No entiendo por qué no muestra Tod algo más de gratitud por esta mejoría sustancial. Cuando me paro a recordar cómo iban las cosas allá, en Wellport, he de reconocer que nos teníamos en pie, pero poco más. Nos costaba media hora cruzar el salón. Ahora somos capaces de agacharnos sin soltar ni un gemido, sin que apenas nos chirríen las rótulas. Subimos y bajamos las escaleras como si... eh, ¿qué es lo que se quema? De cuando en cuando, la basura nos entrega trozos sueltos de nuestro cuerpo. Una muela, una uña. Más pelo. Los esfuerzos por sobreponernos a la confusión de nuestra mente y a las persistentes náuseas que nos aquejaban, que yo había considerado un componente básico de la existencia, han resultado ser algo meramente temporal. Y a veces, en ocasiones durante mucho rato (sobre todo cuando estás tumbado), no nos duele nada.

Tod no parece apreciar gran cosa esta mejoría. Quiero decir que si la aprecia, no lo exterioriza. De ninguna manera. Pero he de decirles una cosa. ¿Recuerdan aquella actividad sexual que empezamos a practicar, bastante chapuceramente, allá en Wellport? ¿Aquella actividad sexual con nosotros mismos? Pues últimamente Tod se entrega a ella con auténticas ganas. Quién sabe, quizá sea su manera de celebrar su renovado vigor... O quizá sea una forma de adiestramiento. De todos modos, a mí no me resulta nada claro que estemos progresando... ¿Tod? No lo sé. ¿A ustedes qué les parece? ¿Puede reportar algún beneficio? Lo digo porque desde mi punto de vista es un fracaso estrepitoso.

Sus sueños están llenos de cifras, que se desparraman como hojas secas llevadas por el viento, y también están llenos de almas que forman constelaciones, como esas estrellas que tanto me molesta mirar. Tod sostiene una larga discusión, y dice la verdad, pero por fortuna los invisibles seres que pueden oírle y juzgarle se niegan de plano a creerle y se apartan de él en silencio, hastiados, asqueados. A menudo se deja mutilar, resignado, por agrios

concejales, por alcaldes dolorosamente obesos, por ridículos mozos de cuerda. A veces resplandece como investido de un gran poder, que sale de él a borbotones y todo lo resuelve y todo lo aclara: es un poder que le presta el tutelar hacedor que preside todos sus sueños.

Los chulos, y las putas...

Me sumen en la perplejidad la economía local, el comercio, las actitudes exculpatorias ante lo que ignora de esta ciudad indiferente. Y de esto tengo abundantes oportunidades: de sumirme en la perplejidad, quiero decir. A decir verdad, mi perplejidad es enorme, constante. De hecho, he llegado a la conclusión de que soy un poco tarde en comprender. Es posible que sea incluso subnormal, o que padezca un leve autismo. También es posible que me falten datos para hacerme un juicio cabal de las cosas. Sea como fuere, para mí el mundo no tiene pies ni cabeza. Por ejemplo, estoy indisolublemente unido a Tod, pero él no sabe de mi existencia. Y me siento solo... Tod Friendly, el rechoncho y consolador Tod Friendly, se mueve a sus anchas por las infraestructuras de la ciudad, los refugios para mujeres maltratadas, los centros de acogida, las instituciones de ayuda a ex drogadictos, las pensiones de mala muerte. No es uno de esos entrometidos empedernidos que por acuciantes motivos personales necesitan supervisar esas misteriosas instituciones, en las que los *malos tratos* están a la orden del día. Entra y sale de ellas. Sugiere, dirige, recomienda. Es uno de los intermediarios del dolor. Y es que por estos pagos la vida es yonqui, o puta esquinera, o madre soltera, o no tiene dónde caerse muerta.

Las putas prefieren a los hombres maduros. Seguro. Casi nunca se las ve abordar a tipos de su misma edad. Con ojos vigilantes, los clientes caminan de espaldas hasta las sugestivas habitaciones, esas habitaciones de alquiler instantáneo que hay en los apartamentos Herrera, un edificio que destila su propia e inconfundible marca de desesperanza y miedo. Tiene lugar un acto

amatorio, por el cual el cliente de turno, o *putero*, como se le denomina también no sé por qué, será rápida y debidamente remunerado. Después, la tierna pareja vuelve andando sin prisas a la calle y se despide. Los hombres se largan arrastrando los pies, avergonzados de sí mismos (¡hay que ver, hacerlo por dinero!). Pero la esquinera seguirá paseando con hambre canina por su trozo de acera, con su provocativo bustier y sus pantalones de piel ajustados, dispuesta a matar el tiempo hasta su próximo cliente. O se dejará llevar a dar un paseo sin rumbo fijo por alguno de esos tipos empingorotados que pasan lentamente en sus viejos y traicioneros coches. A Tod se le encuentra con no poca frecuencia en los apartamentos de las putas. Es un ciudadano de cierta edad, de modo que las chicas van detrás de él como si les fuese la vida en ello. Pero Tod no va en busca del sexo y la guita. Al contrario: es él quien se saca dinero del bolsillo (sumas simbólicas, como un par de dólares), e invariablemente permanece con los pantalones puestos (ni siquiera se para a pensar en quitárselos: son de otro). Básicamente, da la impresión de que Tod va allí a conseguir drogas. No para su uso personal, ojo: la tetraciclina, la metadona, todo, encuentra el camino de vuelta al botiquín de los Servicios Médicos Asociados. Además, hay que tener en cuenta los percances puramente físicos que hay que resolver en los apartamentos Herrera, a causa de las sábanas retorcidas, de los bidés llenos de mugre.

En las pensiones de mala muerte, todos los vagabundos comen lo mismo. Al contrario que en un restaurante, o en la cantina de los Servicios Médicos Asociados. No puede ser nada bueno, creo yo, que todo el mundo se alimente de lo mismo. Sé de sobra que ninguno de nosotros tiene la menor posibilidad de elección respecto de lo que come: todo depende del alcantarillado, aunque ciertos sistemas son, obviamente, mejores que otros. Pero siempre me invade una sensación de repugnancia cuando los veo, armados de cucharas, dale que te pego, y los platos, veinte o treinta al menos..., todos llenos de lo mismo. Las mujeres que acuden a los centros de

atención de crisis tratan de huir de sus redentores. El centro de crisis no se llama así porque sí. Si alguien anda en época de crisis, que vaya. Los cardenales, las abrasiones, los ojos morados, son cada vez más intensos, más lívidos, hasta que llega la hora de que las mujeres, sumidas en un éxtasis desazonado, vuelvan a los brazos de los hombres que las curarán de golpe y porrazo. Algunas necesitan tratamientos más especializados. Se marchan tambaleándose y se tumban en un rincón del parque, en un sótano, o donde sea, hasta que llegan unos cuantos hombres y las violan; entonces se encuentran perfectamente. «Mierda», dice Brad, el repulsivo celador; «no les pasa nada»; e insiste, refiriéndose a las mujeres que acuden a los centros de acogida: «No tienen nada que un buen cipote no pueda curar». Tod frunce el ceño, adusto. Yo también aborrezco a Brad, pero, y me fastidia tener que decirlo, a veces tiene toda la razón. ¿Cómo ha llegado el mundo al extremo de que seres como Brad puedan tener razón?

No estoy de acuerdo en todo con Tod. Ni mucho menos. Por ejemplo, Tod no puede ver a los chulos. Los chulos, hay que ver, sobresalientes individuos que, además, dan muchísima animación a la ciudad, con sus ropas y sus coches, más horteras de lo que uno podría imaginar. ¿Adónde irían las pobres chicas sin sus chulos, que las colman de dinero sin pedirles nada a cambio? Bien al contrario que Tod y sus tiernas atenciones.

Él va de un lado a otro, llenando de porquería sus heridas. Y luego desaparece lo más deprisa que puede, antes de que aparezca el chulo, tan sufrido el pobre, y vuelva a poner a la chica en forma zurrándola con sus puños de dedos enjoyados. Mientras le da el tratamiento, el bebé que reposa en una cuna junto a la cama interrumpirá su llanto y dormirá angelicalmente, sintiéndose seguro porque el chulo acaba de llegar.

Irene sigue telefoneando con regularidad, aunque más me valdría no hacerme ilusiones. Pensaba que poco a poco se nos

aceraría. No es así. Se ha vuelto otra vez contra nosotros, con ganas de venganza. ¿Por qué? Ni idea. ¿Será por algo que hayamos dicho?

Resulta vagamente alentador que a Tod ahora le haya dado la vena de mirar a las mujeres que encontramos por la calle. Al menos por una vez, sus ojos apuntan hacia donde yo quiero que apunten. Nuestros imperativos o prioridades no son del todo coincidentes, pero al menos se superponen. Nos gusta a los dos el mismo tipo de mujer: la que está de buen año. Tod le mira primero la cara, después los pechos, luego la parte baja del abdomen. Si se trata de un vistazo por retaguardia, va del pelo a la cintura y de la cintura al trasero. Ninguno de los dos, se diría, se pirra por las piernas, aunque no me vendría nada mal que se entretuviera un poquito en los muslos. También me fastidia el tiempo que Tod dedica a cada parte del cuerpo. Con la cara termina demasiado pronto. Un simple barrido ocular, de arriba abajo. A mí, en cambio, me agradaría que se entretuviera un poco más. Es posible que eso no esté bien visto, por cuestiones de urbanidad. Con todo, estoy bastante contento. Ya casi nunca siento vértigo citando intento ver cosas que él no mira, cuando intenté mirar cosas que él no ve.

Vivificadas, posiblemente, por todo el trabajo de campo que realizamos, nuestras sesiones de sexo en solitario últimamente se han convertido en algo irreconocible, animadísimo. El componente que faltaba, el toque final, se encuentra, cómo no, en el cuarto de baño. O en la basura.

¿Qué habría sido de Tod y de mí sin el cuarto de baño? ¿Adónde habríamos ido a parar sin la basura?

Las madres le traen sus bebés a Tod por la noche. A Tod eso no le gusta, e incluso lo desaconseja, pero por lo general se muestra la mar de simpático. Las madres le pagan sus servicios con antibióticos, los cuales a menudo parecen la causa del dolor de los bebés. Hay que ser cruel para ser bueno. Los bebés no están mejor

cuando se marchan, incluso arman unas zapatistas de mil demonios a medida que los conducen hacia la puerta. Y las madres se desmoronan: salen de aquí *gimiendo*. Es comprensible. Yo lo comprendo. Sé que la gente desaparece. Cuando desaparece, ¿adónde va a parar? Esa pregunta no hay que hacerla jamás. Nunca. No es asunto tuyo. Los niños pequeños que ves por las calles empequeñecen sin cesar. Llega un momento en que es necesario confinar sus movimientos a un cochecito, y después a una especie de mochila. O bien los llevan en brazos y procuran apaciguarlos; claro, les entristece tener que marcharse. Durante los meses finales lloran más que nunca. Y ya no sonríen. Las madres se dirigen después al hospital. ¿Adónde, si no?

En la sala entran dos personas; es la sala del fórceps, del peto sucio. Entran dos personas. Pero sólo sale una. ¡Oh, pobres madres, cómo se sienten durante el largo adiós, el largo adiós que dicen a sus bebés!

Y luego, el tiempo.

Ahora que la cosa ya está en marcha, resulta que mi actitud es, más que nada, de tremenda indignación. ¿Por qué ha despilfarrado Tod mi vida de esa forma? De la noche a la mañana, el mundo se ha abierto de par en par y ha mostrado toda su profundidad, todos sus matices. Y también se ha abierto de par en par nuestra personalidad. Hemos dejado de ser mera superficie; ahora somos voluminosos y profundos como el mar, con una flora que se agita sin cesar, con nuestros propios peces deformes. Todos somos así, ya me he dado cuenta: conmovedoramente —no: dolorosamente— vulnerables. No tenemos dónde escondernos.

El amor no me cogió desprevenido por completo: había tenido avisos de sobra. El heraldo que anunció su llegada fue un paquete de cartas de amor. Sólo que no eran cartas de amor escritas por Irene. Eran cartas de amor escritas a Irene. Escritas por Tod. De su puño y letra, con su caligrafía redonda y uniforme. Salieron, cómo

no, de la basura, de las profundidades insondables de un negro saco de plástico de cincuenta litros de capacidad. Tod fue al cuarto de estar y se sentó; llevaba el paquete de cartas, atado con una cinta roja, en el regazo. También había llevado su arqueta negra. Tras hacer una pausa, entresacó al azar una carta del paquete; la miró sin verla, como si nada le fuera en ello. Leí lo que pude:

Mí querida Irene:

Gracias de nuevo por los cojines. *Me encantan*, de veras. Dan mucha alegría a la sala, y además la hacen más acogedora..., bastante estropeada. Cuando haces huevos revueltos es mejor dejar la cacerola llena de agua fría, no caliente... No debes preocuparte demasiado por lo de tus venas: es que sobresalen mucho. No hay pigmentación, ni edema. Recuerda que me gustas tal como eres... Espero verte el martes con la impaciencia de siempre, pero el viernes tal vez me vendría mejor...

Con gesto ausente, Tod se volvió hacia su arqueta. La fotografía que buscaba estaba arrugada y tenía las puntas levantadas, pero bien pronto la curó y la dejó como nueva estrujándola con el puño... ¡Vaya!, pensé. Así que ésta es ella. No es una jovencita, precisamente. La verdad es que parece una jamona de tomo y lomo. Sonriente, vestida con chaqueta y pantalones bien ajustados. Cuando aquella tarde fue a trabajar, Tod dejó las cartas delante de la puerta, en una caja de zapatos de color blanco sobre la cual alguien —es de presumir que Irene— había garabateado: «¡Vete a freír espárragos!». No parecía una señal demasiado prometedora. Claro que la carta de Tod, a mi juicio, tampoco era nada del otro mundo.

Dos noches después se despertó de madrugada y permaneció tendido, inmóvil. «¡Grrr!», gruñó. Esto —gruñir— era algo que últimamente Tod hacía a menudo: «¡Grrr, grrr!». Pensé que podría ser un acceso de tos o un eructo contenido a medias o alguna nueva extravagancia sin ton ni son. Y entonces me percaté de lo que estaba diciendo Tod. Se levantó de la cama y abrió la ventana. Y empezó la cosa. En oleadas, en ráfagas sutiles, la habitación se fue llenando del calor y el rastro de otra persona. Lo más destacable, y sorprendente, fue el humo de los cigarrillos, porque a

Tod le molesta sobremanera, a pesar de sus periódicos puros. Era algo que recordaba los pasteles y los caramelos, a la vez dulzón y familiar. Ésos eran los olores que Irene nos enviaba desde la otra punta de la ciudad... Sin prisas, Tod se quitó el pijama y se puso su gruesa bata de andar por casa. Luego deshizo la cama con aire contrariado. Y a continuación preparó los cigarrillos de Irene, llenando un platillo con unas cuantas colillas y abundante ceniza. Cerramos la ventana y bajamos a la planta baja, a esperar.

Demostró buenos modales —y fue, me aventuro a suponer, un detalle romántico tratándose de Tod— salir a la calle de aquella guisa y permanecer en zapatillas sobre la acera mojada. Aunque su humor en aquella fase, lo reconozco, parecía, como mucho, de exhaustivo desencanto. Muy pronto oímos el coche de Irene, su resbaladiza aproximación, y vimos las luces rojas, gemelas, del vehículo en el extremo de la calle. Aparcó, abrió ruidosamente la portezuela y salió sin demasiado garbo. Me quedé un tanto decepcionado al verla caminar *hacia adelante* al cruzar la calle, sacudiendo la cabeza, como si estuviera triste o rechazara algo. Verdaderamente, una jamona de tomo y lomo. Irene. Sí, señor.

—¿Tod? —dijo—. Aquí me tienes. ¿Estás contento?

Contento o no, Tod la precedió al entrar por la puerta. Irene se quitó a toda prisa el abrigo mientras Tod subía al piso de arriba, y fue corriendo tras él. Me sentí desanimado, lo confieso. Dolido. Porque aquélla fue mi primera vez. Me da lo mismo que me llamen idiota, que me llamen soñador. Yo esperaba que aquello fuera maravilloso. Pero qué va. Cuando llega el momento ansiado, resulta que Irene tiene un día realmente malo. Y además ella tampoco era como quería ser. Oh, ¿no podríamos arreglar las cosas? Tod y yo nos reclinamos en la cama deshecha mientras Irene entraba en el dormitorio, sujetando un pañuelo de papel muy apretado contra los ojos, despotricando contra nosotros.

Entonces empezó a quitarse la ropa. ¡Cómo son las mujeres!

—Irene... —Tod intentó razonar—. Irene, Irene...

Se desvistió a toda prisa, como si le faltara tiempo, pero la

velocidad de sus movimientos nada tenía que ver con el deseo. También habló muy deprisa, y lloró, y meneó la cabeza. Una jamona de tomo y lomo, con un enorme jersey blanco, enormes pantalones blancos. Los pechos formaban un acantilado bajo su mentón, puntiagudo y aerodinámico; los sostenía tiesos, en definitiva, mediante una especie de arnés, hecho de cintas y encajes. Se desprendió del caparazón de su corsé. Entonces sus grandes nalgas blancas avanzaron bamboleantes hacia mí. ¡Y yo que pensé que su *ropa* era blanca...! ¿Qué era lo que estaba diciendo Irene, sobre qué peroraba sin parar, con palabras contenidas a medias, proferidas a medias, con voz entrecortada y susurrante? En resumen, esto: que los hombres son completamente imbéciles o demasiado agudos, sin término medio. Unos zotes o demasiado listos. Demasiado inocentes o demasiado culpables.

—Ha sido una broma de mal gusto —dijo Tod cuando ella se volvió y nos miró despectiva—. Sabes que no he querido decir eso.

Irene *pareció* relajarse. Su cuerpo descendió y se acomodó a mi lado torpemente en toda su plenitud; mi mano se alargó hasta posarse en la blanca pulpa de su hombro. Asombrosa proximidad. Nunca, nunca antes... Estaba tensa, recelosa (igual que yo); pero la piel es suave. Basta con tocarla. Cede. Cede al tacto.

—Estupendo —dijo Tod—. Puedes largarte de aquí cuando quieras.

Estas palabras, me congratula decirlo, tuvieron un efecto relajante en ella. Pero su voz aún sonó asustada cuando dijo:

—Lo prometo.

—¿Lo prometes?

—Nunca —dijo ella.

—¿De veras que no?

—Pero nunca lo diré.

—¡Oh, qué bobada! —dijo Tod—. Además, ¿quién iba a creerte? No es que sepas mucho...

—A veces tengo la sensación de que ésa es la única razón por la que sigues con lo nuestro. Te da miedo que vaya por ahí

diciéndoselo a todo el mundo.

Se hizo el silencio. Irene se acercó más aún cuando la conversación tomó otro derrotero.

—La vida —dijo Tod.

—¿Qué? —dijo Irene.

—Joder, ¿qué más da? De todos modos, es una mierda.

—¿Por qué? ¿Es que no doy la talla, o qué?

—Eso es algo de lo que más vale no hablar.

—¿Te portabas así de bien con tu mujer y con tu hijo?

—Nunca podemos saberlo a ciencia cierta, ¿no crees, Irene?

—Salvo con los amigos. Con la familia. Con los seres queridos.

—No tienes ninguna obligación de conservar la salud.

—Y además, mata —dijo Irene.

—¿De veras tienes que hacer eso? Es un hábito repugnante.

Tod se puso a toser y a abanicarse con su gruesa mano derecha. Al cabo de un rato, Irene apagó el fuego de su cigarrillo y lo devolvió al paquete. Se volvió muy significativamente hacia nosotros. Siguieron entonces unos diez minutos de lo que imagino que se suele llamar prolegómenos. Hociqueos, gruñidos, suspiros... En fin, esas cosas. Después él se incorporó y se colocó sobre ella. Y mientras Irene separaba las piernas, me invadieron pensamientos y sentimientos que nunca había tenido antes. Estaban relacionados con el poder.

—¡Oh, amor mío! —dijo, y me besó en la mejilla—. No tiene importancia.

—Lo siento —dijo Tod—. Lo siento mucho.

Bien, el caso es que aquello se acabó. Después, todo fue mucho más sencillo. Sí, el ambiente era estupendo mientras nos vestimos y bajamos a comer. Nos sentamos el uno al lado del otro, ante la barra de la cocina, y nos pusimos a desenrollar con ecuanimidad metros y más metros de pálida pasta. Luego —otro estreno— nos fuimos al cine, tan contentos. Cogidos del brazo. Me sentí como si estuviese atravesando territorio desconocido, de puntillas, con la mujer a la que me estaba permitido tocar, a la que me estaba

permitido hacerle todo lo que quisiera, o al menos todo lo que fuese capaz de hacer. ¿Dónde está el límite? Mientras caminábamos sonó una sirena, como el aullido de un lobo grabado en un disco rayado... Las películas también discurrieron placenteramente. Al principio me preocupé un tanto, cuando Irene rompió de nuevo a llorar casi antes de que hubiésemos ocupado nuestras butacas. Y supongo que la película era bastante deprimente. Todo sobre el amor. De la pareja de la pantalla emanaba un suave resplandor de belleza y de entretenimiento: la verdad es que parecían hechos el uno para el otro; sin embargo, tras varios malentendidos y aventuras, terminaban por irse cada cual por su lado. Para entonces, Irene emitía un constante gorjeo de contento, cuando no se reía a mandíbula batiente. Todo el mundo se reía. Excepto Tod. Tod, no. Para ser justos, a mí tampoco me pareció nada divertido. Terminamos en un bar cercano al cine. Ella se tomó unos cócteles. Tod, unas jarras de cerveza. Y aunque Tod volvió andando a casa bastante enfadado (estaba de muy mal humor), nuestra despedida de Irene estuvo marcada por la cordialidad y el calor. Sé que voy a verla muchísimo. Por otra parte, salimos por 28 dólares de más. En total, contando las palomitas de maíz, 31. Ya sé que no es gran cosa, pero en estos tiempos hay que vigilar, ya que todo es cada día más barato, y Tod se pasa el día contando su dinero con cara de pocos amigos.

Yo, yo estoy que voy de cráneo. No sé si voy o vengo. El perdón que ofrecen los jóvenes ojos azules de Irene, que miran terriblemente avergonzados desde esa zapatilla vieja que tiene por cara, tan abotargada, tan cansada, tan agostada. ¡Uf...!, ¡la gente! Me parece que hace falta mucho valor, o mucho de lo que sea, para entrar en los demás, en la gente. Todos pensamos que los demás viven en sus fortalezas, en sus fortificaciones: tras sus fosos, tras sus muros tachonados de pinchos y de cristales rotos. Pero la verdad es que habitamos en estructuras mucho más frágiles. Todos, diría yo, estamos construidos con materiales de mala calidad. O ni siquiera eso. Basta con meter la cabeza por debajo de la tienda de

campaña y entrar a gatas. Si te dejan, claro.

Por eso, tal vez sea posible escapar. Escapar de... de la mónada indescifrable. En cuanto al viaje de Irene hacia el interior de Tod... bueno, eso ya es más duro. Ella nos dice cosas acerca de nosotros. Pero ¿cuánto sabe en realidad? Tod se lo toma con calma, claro, como de costumbre. Sigo sin saber si será capaz de hacerse comprender.

Son apasionantes, supongo, las noticias acerca de mi mujer y mi hijo. La mujer y el hijo que Tod y yo tendremos un buen día. Pero los bebés me preocupan. Sabemos, naturalmente, que los bebés son constante causa de desazón e inquietud. Son seres diminutos y muy preocupantes.

¿Adónde van las criaturas que desaparecen, las que se esfuman? Tengo el desagradable presentimiento de que bien pronto empezaré a verlos en el sueño de Tod.

Cada seis o siete días, más o menos, por la mañana, mientras nos disponemos a meternos en la cama y repetimos la estupefaciente rutina de llenarnos de legañas y despeinarnos a fondo (nos desordenamos las cejas pasándonos un dedo a contrapelo), Tod y yo nos damos perfecta cuenta de que el sueño se dispone a abalanzarse sobre nosotros, está reponiendo sus energías en algún lugar, al otro lado. Somos fatalistas. Permanecemos tumbados, con la lámpara encendida, mientras se desvanece el amanecer. Sudamos; es un sudor tibio, que brilla y se evapora al instante. Aumenta nuestro ritmo cardíaco, de un modo constante, hasta que nuestros oídos engullen la sangre nueva. Ahora ya no sabemos quiénes somos. Tengo que estar preparado para cuando Tod apague bruscamente el interruptor. Entonces, a oscuras, con un grito que le retuerce ferozmente los maxilares, nos metemos en el sueño. La enorme figura de la bata blanca, cuyas botas recorren de una zancada muchos kilómetros. Más abajo, no sé dónde, entre sus piernas, la cola de las almas. Ojalá tuviese

fuerza, la fuerza suficiente para apartar la mirada. Por favor, que no se me muestre a los bebés... ¿De dónde sale ese sueño? Tod aún no lo ha hecho. Así que el sueño debe referirse a algo que Tod hará un día u otro.

Hay por ahí fuera una cosa que se llama *moda*. La moda es para los jóvenes, que son volubles, aunque Tod y yo de cuando en cuando también nos rendimos a ella. Por ejemplo, no hace mucho fuimos al ropavejero y elegimos dos pares de pantalones acampanados. Yo hubiera querido probármelos cuanto antes, pero él los dejó colgados durante meses en el armario de arriba, hasta que les salieron las arrugas y las bolsas que finalmente se amoldarían a su cuerpo, a la particular conformación de los huesos de sus piernas. Una noche, sin ceremonias, se los puso. Luego, después del trabajo, pude mirar largo y tendido aquellos pantalones nuevos que teníamos, mientras Tod estaba plantado delante del espejo de cuerpo entero deshaciendo el grueso nudo Windsor de su corbata. Bien, la verdad es que los pantalones acampanados de Tod no eran nada del otro mundo, nada parecido al efecto de doble vuelo que bien pronto íbamos a ver por las calles. Pero, con todo, me parecieron un absoluto desastre: estéticamente, me causaron el mismo efecto que la violencia. Ese ciudadano hecho y derecho, este médico ya mayor... y sus babosas pantorrillas. ¿Adónde han ido a parar sus pies? Creo que fue entonces cuando comprendí que la crueldad de Tod, su secreto, algo tiene que ver con un error capital acerca de los cuerpos humanos. O quizá sólo llegué a descubrir algo relacionado con el estilo o la *línea* de su crueldad. La crueldad de Tod sería vulgar, cobarde, vuelta al bies, de culo: acampanada... Con todo, los pantalones aquellos tuvieron éxito; hoy los lleva todo el mundo. Van por las calles como si fueran yates: los marineros de secano de la ciudad. Lo siguiente fue que los dobladillos de las faldas subieron más o menos tres palmos. ¡Con qué súbito candor, mostraron su poderío las caderas femeninas! Ahora vuelven a bajar,

poco a poco, pero... ¡diantre!

Es probable que la crueldad humana sea algo determinado y eterno. Sólo su estilo cambia con el tiempo. Hace unos cuantos años, el pedófilo, paseándose por un centro comercial, o sentado tranquilamente a una mesa de cualquier cafetería, podría haber coordinado sus encuentros —sus citas intergeneracionales— utilizando un teléfono móvil. Hoy no se ve ni uno de estos aparatos, y los centros comerciales y las cafeterías son distintos, de manera que el pedófilo tiene que apañárselas de otra manera, siguiendo otra moda, un estilo distinto.

Se avecina una guerra. Por lo que se ve, más bien pequeña. En los bares, al levantar la vista de nuestra cerveza, varias veces hemos visto la misma imagen en el televisor de la pared: como un cruce eugénico entre un pez espada y una raya, el helicóptero surge revoloteando del océano y se posa, con gesto adusto, en la cubierta de un portaviones, dispuesto para el combate.

Habrá quien piense que puede ser muy relajante el no tener (de un modo efectivo) la menor voluntad, ni un cuerpo mediante el cual ejercerla. Muchas cuestiones puramente administrativas y ejecutivas, es verdad, se te escapan de las manos. Sin embargo, como compensación tienes el deseo de ocupar el lugar preeminente, de mostrar que eres una valiosa excepción a la regla. De no limitarte a dejarte llevar. Nunca limitarte a dejarte llevar. Lo pequeño no siempre es hermoso. Pero lo grande es la locura.

No quisiera parecer demasiado apasionado ni mezquino por lo que voy a decir —y, de acuerdo, ya sé que en muchas cosas soy un simple—, pero aseguraría que he ido siempre muy por delante de Tod en la cuestión elemental de la *diferencia* humana. Tod tiene un mecanismo sensor que guía sus respuestas ante todas las subespecies identificables. Sus sentimientos manifiestan, de repente, actitudes y disposiciones especializadas: una para los hispanos, otra para los asiáticos, una más para los árabes, otra

distinta para los amerindios, una muy concreta para los negros, otra totalmente diferente para los judíos. Y tiene un repertorio secundario de activa hostilidad hacia los chulos, las putas, los yonquis, los locos, las personas que tienen pies zopos o labio leporino, los varones homosexuales y las personas muy ancianas. (Por cierto, haciendo un inciso, he aquí lo que opino del varón homosexual. Tal vez sea relevante. El varón homosexual me cae bien —de hecho, por lo general, no tengo nada contra ellos— *siempre y cuando tenga bien claro que es homosexual*. Cuando lo es, y cree no serlo, surge el peligro. En los sentimientos de Tod respecto de los hombres, las mujeres y los niños hay confusión. Hay peligro. No quisiera que me entendieran mal. No trato de insinuar que Tod sea marica, no es eso exactamente. Lo único que intento decir es que las cosas podrían ser mucho menos confusas, mucho menos peligrosas, si él considerara desapasionadamente la posibilidad de ser homosexual. Eso es todo). Todas estas distinciones las he tenido que aprender sobre la marcha. En un principio, al menos, no tenía prejuicios contra nadie, ni en un sentido ni en otro. (Con excepción de los médicos: me pregunto por qué). Cuando me encuentro con otras personas, espero recibir una pulsación de su ser interior, la cual me indica cosas como, por ejemplo, cuánto temen, cuánto odian, cuánta paz sienten, cuánto son capaces de perdonar... Supongo que realmente soy de lo más sentimental. Imagínense el cuerpo del que carezco, y esto es lo que verán: un feto lleno de sentimentalismo, con una sonrisa fiel.

Hay en los Servicios Médicos Asociados un estudiante japonés de doctorado venido de Osaka a pasar seis meses en régimen de intercambio; al principio era muy sociable, pero cada vez se torna más distante, más reservado. Suerte ha tenido de no llegar aquí hace tan sólo unos años, en la época en que *odiábamos* de veras a los japoneses. Se llama Mikio; es un muchacho que resulta curioso, con su pesada carga de no ser como nosotros: su pelo lacio, sus ojos velados, curvados en un gesto de severa comprensión. A la hora del almuerzo, en la cantina de los Servicios Médicos

Asociados, Mikio se sienta enfrascado en la lectura de un libro. Lo he observado de lejos. Lee tal y como leo yo; mejor dicho, tal y como leería yo, si tuviese ocasión de hacerlo. Pasa las páginas de derecha a izquierda. Empieza por el principio y termina por el final. Para mí, eso resulta singularmente razonable; pero Mikio y yo estamos aquí en franca minoría. ¿Sería posible que los dos estuviéramos en lo cierto? Eso significaría que todos los demás estarían equivocados. El agua sube, buscando siempre su máximo nivel. ¿Podría ser de otra manera? El humo baja. Las cosas son creadas en la violencia del fuego. Pero todo esto está bien. La gravedad todavía nos tiene sujetos al planeta.

Muchos compañeros de trabajo —incluido Tod— le toman el pelo respecto a esto y a todo lo que hace, pero Mikio es libre de hacerlo, de leer a su manera. Los judíos practicantes, según he podido advertir, también leen así. Así pues, la gente es libre; así pues, todo el mundo, en general, es libre; ¿no es así? Bien, pues nadie parece libre. Trastabillando, tropezando, con voces guturales o contenidas, todos van hacia atrás, torpemente, siguiendo líneas que parecen previamente cruzadas, previamente trazadas. ¡Ah, qué mirada de asco reflejan las caras de las mujeres cuando entran hacia atrás por una puerta, cobijándose de la lluvia! Sin mirar jamás por dónde va, la gente se desplaza de un modo dispuesto de antemano, armada de mentiras. Todos sienten ganas de volver a sitios de los que acaban de salir, o se arrepienten de haber realizado acciones que no han hecho aún. Dicen «¡Hola!» cuando quisieran decir «¡Adiós!». Señores de las mentiras y la basura, todos reyes de los desperdicios y la basura. Los carteles dicen PROHIBIDO TIRAR BASURA, pero ¿a quién van dirigidos? A nosotros ni se nos pasaría por la cabeza hacerlo. De eso se ocupa el Estado, de noche, con camiones especiales; si no, hombres uniformados llegan por la mañana con sus carritos para traernos nuestra basura, incluidos los zurullos de los perros.

No debería ponerme pesado acerca de este asunto, pero he de

decir que, por lo que hace a la forma física, Tod y yo nos sentimos ahora estupendamente. La vida corpórea está sujeta a ciertas pequeñas molestias. Todavía recibimos los excrementos por el ano cada mañana —igual que todo el mundo—, pero últimamente lo hacemos en un santiamén. Tod, mi enhorabuena: ¡qué destreza en el retrete, qué buen hacer! Estaba ya más o menos resignado a sufrir durante toda mi vida esa media hora diaria de lágrimas. Ahora, en cambio, solemos terminar en menos de veinte llorosos minutos.

Todos los días, delante del espejo, inspecciono la humanidad de Tod, pero él no da la más mínima señal de haberse percatado de la mejoría. Es casi como si no tuviese punto de comparación. Me entran ganas de dar un taconazo, de cerrar el puño: sí. ¿Por qué no es más feliz la gente cuando se siente bien, al menos relativamente? No entiendo por qué no nos damos abrazos a todas horas, diciéndonos: «¿Qué te parece?». En consonancia con todo ello, tras tantas salidas en falso, tras pasar tantas horas en el mar sin sol del sufrimiento, la disculpa y el sudor del fracaso, Tod y yo por fin hemos hecho el amor con Irene. Ella tuvo un tacto impecable; no dio al acontecimiento más atención de la debida. Tod también se lo tomó con toda calma: contaba de antemano con ello. Yo, en cambio, estaba extasiado. No cabía en mí de orgullo. Casi con toda seguridad, fue la mía una reacción desmesurada, como de costumbre. Me he tranquilizado bastante. Ahora sólo estoy alegremente satisfecho de mí mismo. Esto es amor. Esto es vida. La costumbre, el hábito; al final resulta que es de lo más sencillo. La vida y el amor van de la mano. Es algo natural.

La plenitud del amor trajo consigo, o pareció traer consigo (cada vez estoy menos seguro de las relaciones entre las causas y los efectos), una expansión de mi papel en los Servicios Médicos Asociados. Digo *papel*, porque la práctica de la medicina entraña una suerte de actuación cultural cara al público: los gestos, las cadencias, los movimientos del honesto ejercicio del poder. Todo va

sobre ruedas. La sociedad lo acoge complacida. He dejado el pequeño y agradable despacho de la parte trasera, que ha ocupado un hombre mayor que yo, y ahora se me encuentra con mayor frecuencia en las consultas. Ya no me dedico solamente a los viejos. También me toca tratar con mujeres y niños. Es como si no pudiésemos dejar a los niños en paz. Tod tiende a mostrarse con ellos mucho más animado que en casa (en casa, en bata y en zapatillas, se muestra evasivo y resignado). Los bebés llegan sobre ruedas o en brazos de un adulto, y parecen estar la mar de bien, por lo que al examinarlos dices cosas como: «Este chaval está estupendamente». Siempre te equivocas de medio a medio. Siempre. Uno o dos días más tarde, el bebé está de vuelta, con las orejas rojas como pimientos, o ahogándose a causa de la difteria. Y nunca haces nada por ellos, maldita sea. El reto, digo yo, es seguir intentándolo sin perder la decencia.

También hay casos en que interviene el insólito encuentro del cristal o el metal fabricados por el hombre con la carne humana. Y la sangre humana. Esto, las cosas como son, suele provocarme náuseas, aunque nunca vemos nada realmente horrendo porque, como dicen mis colegas, nosotros somos el departamento de zurcidos y remiendos del negocio biomédico: los casos más serios nos los traen directamente, a toda velocidad, desde los demás hospitales de la ciudad; por nuestra parte, nos los quitamos de encima en cuanto podemos. Una cosa se puede decir, por tanto, de los tullidos y los amputados: salen de aquí. Sin duda, los Servicios Médicos Asociados, en la carretera 6, son inmejorables. No es de extrañar, que haya gente que presente quejas formales e incluso nos lleve a juicio. Por lo que respecta a las visitas a domicilio, nos negamos en redondo nada más coger el teléfono, antes incluso de que nos lo pidan, antes de sentir el pánico de la madre, de oír los lloros del bebé. *No es costumbre de la casa*, decimos. O sea, que si quieres que te hagan alguna chapuza, tienes que venir aquí. La compensación económica es razonable. Y no perderás demasiado tiempo.

Tal y como me temía, los bebés han empezado a aparecer en los sueños de Tod. Han dado señales de vida. Al menos, uno de ellos. De momento, no sucede nada atroz; por ahora, puedo soportarlo satisfactoriamente.

Se relaciona de un modo instintivo a los bebés con la indefensión. Pero en ese sueño no es así. En ese sueño el bebé está dotado de un poder increíble. Tiene el poder sin más, el poder definitivo de la vida y la muerte, sobre sus padres, sus hermanos y hermanas mayores, sus abuelos, sobre todos los presentes en la sala. Hay unas treinta personas, aunque la sala, si sala puede llamarse, no es mucho mayor que la pequeña cocina de Tod. La sala está a oscuras. Más aún, la sala es un pozo de negrura. No obstante su poder, el bebé está llorando. Quién sabe, a lo mejor llora precisamente por este siniestro trastocamiento, por las insólitas y desesperadas responsabilidades que implica el poder. Con un debilísimo murmullo, menos que un hilillo de voz, los padres tratan de consolarlo, de apaciguarlo: por un instante, parece incluso que tendrán que *asfixiarlo*. Sí, se siente esa torturante tentación. Y es que el drástico ascendiente del bebé tiene mucho que ver con su voz. No se trata de sus puños gordezuelos, de sus piernas inservibles, sino de su voz, de los sonidos que emite, de su capacidad de llanto. Los padres, habitualmente, tienen sobre el bebé el poder de darle la vida y de quitársela; todos los padres lo tienen. Ahora bien, en estas especiales circunstancias y en esta sala tan especial, es el bebé quien tiene poder sobre ellos. Y sobre todos los que se hallan allí reunidos. Unas treinta almas, más o menos.

Todo esto resulta mucho más duro para Tod que para mí. Yo siempre estoy despierto cuando llega ese sueño. Y yo soy inocente... El brillo enfermizo de la impostura y la acusación... eso es algo que yo no capto. Sé que sólo está soñando. Me acomodo, no sin cierta aprensión, todo hay que reconocerlo, y me dispongo a contemplar la última representación escenificada por la cabeza de

Tod, por lo más recóndito de su mente, por su futuro. Cuando llegue el momento de experimentar los acontecimientos que predicen los sueños de Tod (cuando descubramos, por ejemplo, cómo llegó a tener el bebé semejante poder), entonces puede que sea más duro para mí. El propio Tod solloza como un bebé antes de soñar. A veces, en estos tiempos, Irene está cerca para consolarlo antes que empiece el sueño.

En el televisor (¡mira!), en el tejado, al mismísimo borde, en lo más alto, el hombre, que lleva una sucia camisa blanca, lloriquea y sostiene un bebé en brazos. Más cerca, un policía, ansiosamente agazapado; todos están alerta y arracimados, a la espera del inminente encuentro o cita. El policía dice por el megáfono que quiere que le dé la criatura. De hecho, lo que quiere es desarmar al lloroso hombre de la sucia camisa blanca. El hombre que llora no tiene ninguna arma. El bebé es su arma.

No es así como suceden las cosas en la oscura sala, con sus vacilantes sombras, sus figuras quietas. Es lo único que sé. Allí, el bebé no es un arma. Allí, es más bien una bomba.

Ahora que Tod ha estabilizado nuestras relaciones con Irene sobre una base sólida, unas relaciones por las que cualquier hombre en sus cabales lo daría todo, ahora que recibimos sus puntuales visitas y sus afectuosas llamadas por teléfono, ahora que disfrutamos juntos de las películas, las espléndidas cenas, la paz y la seguridad (el perdón) que confiere la sola presencia de Irene, por no mencionar la exquisita apatía con que hacen el amor puntualmente cada dos meses o así, ahora que parece llegado el momento, creo yo, de hacerle ver a Irene, amablemente, pero con firmeza, lo desordenada que nos deja la casa, porque es preferible sacar a relucir estas cosas a tiempo y no dejar que se enquisten y se pudran, ha ocurrido algo inesperado. Tod ha empezado a tontear. Pues sí. Con Gaynor.

Un domingo por la tarde fuimos en el coche, como si

estuviéramos en trance, hasta Roxbury; aparcamos, y nos paseamos por las calles, y allí estaba ella, de pie, a la puerta de su casa; llevaba una bata azul y tenía los brazos cruzados y un aire de irónico reproche en la cara. «¡Qué cara tienes!», le gritó. No obstante, nos pusimos a hablar con ella. No pensé que fuera a ocurrir nada de particular hasta que entramos. No lo hagas, quise decirle a Tod. La voz de la conciencia. Habla en susurros. No la oye nadie. Una cosa llevó a la otra y... aunque en realidad fue más bien al revés. Como consecuencia de aquella visita, ahora vamos a casa de Gaynor con regularidad, cada dos semanas.

Esto se llama engaño, o jugar con dos barajas, y eso es exactamente lo que sientes. Pierdes tu integridad. Por otra parte, físicamente es fantástico, eso tengo que reconocerlo, pues nuestra nueva amiguita lleva en el ajo bastante más tiempo que Irene. Este encanto de mujer sólo tiene cincuenta y cuatro años. Pero yo estoy descentrado. Para ser franco, estoy escandalizado. La semana pasada salió con *otra*: con Elsa. Sólo almorzaron juntos, por fortuna. Fue algo muy desagradable, pues nos insultó de mala manera. Yo pensé que aquella amistad se había acabado, pero algo me hace pensar que Tod todavía tiene esperanzas. ¿Está bien hacer esto? Tengo la sensación de que están a punto de detenernos. ¿Dónde está el límite?

De pronto, para las glándulas de Tod, el mundo se ha convertido en una mujer. Hasta la destemplanza de la ciudad en una noche húmeda, los velos de la lluvia, la sucia oscuridad... es una mujer. Sus formas están por todas partes y envían sin cesar mensajes que recogen sus glándulas. Me pregunto si este reciente interés de Tod por las mujeres tendrá un origen profesional, relacionado con su trato habitual con ellas en los Servicios Médicos Asociados, con su atento escrutinio de la carne femenina enferma o lacerada. Pero este reciente interés que muestra por las mujeres parece demasiado amplio y anárquico: no se dirige a ninguna en concreto. Con ánimo de relajarnos, nos hundimos en el sillón con una taza de café, nos ponemos a mirar por la ventana, y entonces ve que algo se perfila al

otro lado de la calle (¿qué será?), más allá de la cerca, por entre las hojas, y en vano alarga el cuello y aguza la vista, poniéndose de puntillas.

¿Por qué? Pues por si fuera una mujer.

Las divisiones de los corrales para el ganado se mueven y tiemblan. La industria afluye a la ciudad. La gasolina es barata. Los locos han sido retirados de las calles; nadie pregunta adónde habrán ido a parar. No hagas preguntas. Es mejor no hacer preguntas. Se acabaron los nómadas, los que correteaban por la noche de un lado a otro... Por el contrario, un *espontáneo* altruismo se extiende por todas las clases sociales. Ahora todo el mundo tiene un puesto de trabajo, en los altos hornos o en la factoría de automóviles. Lavan el viento. Igual que limpian toda la basura, todos los desperdicios, limpian también la tierra y el viento, transforman como por arte de magia los automóviles, convierten las herramientas, las piezas, las armas, los pernos y los tornillos en hierro y carbón. La verdad es que han cogido por los cuernos el toro de los problemas del medio ambiente: le han plantado cara con todas las de la ley, pensando sólo en el beneficio de la comunidad. El tiempo de hablar ha terminado. Ya no se habla. Se obra. A la enfermedad absoluta se le aplica la cura absoluta. Ahora hay menos tiempo para pensar y sentir, y da la sensación de que cuanto mayor es el cansancio más tranquila está la gente. El trabajo libera: los viernes por la noche, cuando van a trabajar, hay que ver cómo se rién todos, cómo gritan, cómo mueven los hombros.

A Tod le encantan las aglomeraciones humanas. Entre la gente puedes ser un líder sin que nadie se dé cuenta. Es como lo de los pantalones acampanados. Tod lleva ya una temporada llevándolos, y ahora a todo el mundo le ha dado por imitarle. Lo mismo pasa con las camisas floreadas y los vistosos fulares, y con esos caftanes o *dhoti* que se pone los fines de semana, blancos, de un corte similar al de su bata de médico, aunque las asociaciones de ideas sean

distintas. A su edad, resulta ridículo, estoy de acuerdo, pero la gente mayor se los pone, y no hay joven que se atreva a decirles que no lo hagan. La moda es cosa de las masas. Tod también lleva el brazalete rojo, como todo el mundo. A mí las masas me vuelven paranoico, me hacen sentir claustrofobia, pero Tod se empeña en buscar la compañía de las multitudes. Embelesado, con evidente alivio, se diluye en la unidad más grande, la resplandeciente multitud. Se desprende de lo que a menudo es incapaz de soportar: su identidad, su esencia, perdido en medio de la promiscuidad de la masa. Mi presencia nunca es más tenue. Pero la historia se repite. Entrega tu alma, y obtendrás el poder.

Bajo las nubes que anuncian la tormenta, bajo una cubierta de nubes que parece una lengua saburrosa por la que se desliza la delgada linterna de un médico, como en un oscuro carnaval, protestamos contra la guerra de Vietnam con los rostros vivificados, erguidos, con la presión de los cuerpos que se desplazan todos en el mismo sentido, y con esa sensación de estar perdidos y de estar a la vez en lo cierto, perdidos y en lo cierto. Llenamos casi un kilómetro de longitud, viejos y jóvenes, blancos y negros, chicas y chicos, en busca de un monstruo al que matar o crear. Las pancartas dicen lo de siempre, acerca de la paz y la guerra, aparte de algunas otras demandas más concretas, como ABAJO LA SEGREGACIÓN *DE FACTO* O LA SEÑORA AINTREY A LA CALLE. Tod contempla la pancarta que dice LA SEÑORA AINTREY A LA CALLE. Él no desea echar a la calle a la señora Aintrey. Probablemente, lo que desea es encontrar a la señora Aintrey y hacer el amor con ella. La verdad es que la guerra de Vietnam le importa un pimiento. Pero, las cosas tal como son, tampoco está aquí sólo para conseguir mujeres. Al contrario: está aquí para quitárselas de encima, para perderlas, para alejarse de ellas en medio del calor y la seguridad que da la muchedumbre.

Se avecina otra guerra. Sí, desde luego, ya lo sabemos. Una guerra de las grandes, una guerra mundial, una guerra que arrasará pueblos y ciudades. Me hastía imaginar los preparativos que será

necesario llevar a cabo, cuántos desmantelamientos y excavaciones, cuántas heridas trabajosamente abiertas para ser de pronto cerradas... Sólo han de pasar veinticinco años, exactamente, hasta que empiece. Por eso, mire a donde mire, siempre veo algo que me habla de esa guerra; sobre todo, si miro a donde mira *Tod*. Durante un tiempo pensé que la información acerca de esta contienda iría acumulándose a partir de ahora hasta su estallido, pero, gracias a Dios, ha empezado a disminuir.

Y es que *Tod* muestra una tremenda sensibilidad respecto de todo lo que se refiere a esta cuestión. Le afecta como si se tratase de un olor, de una canción. Demasiado tarde... También se altera mucho cuando oye ese idioma, lo que es relativamente frecuente, sobre todo en Roxbury, por donde sigue paseando los domingos; es una lengua en la que podrían conversar las máquinas cuando no hubiera cerca seres humanos que las escucharan. Y hay una cosa más que también le afecta sobremanera: cortarse las uñas. Desprenden el mismo olor que las pálidas cortezas de cerdo mientras crepitan al quemarse en el fuego...

He visto las fechas. No somos lo bastante jóvenes para la guerra actual, pero cuando estalle el conflicto mundial estaremos en la edad adecuada para entrar en acción. Después de todo, físicamente somos un soberbio ejemplar. No tenemos pies planos. Vemos de maravilla. No estamos lisiados, no somos marxistas, no estamos locos de atar. Nuestra conciencia no tiene nada que objetar, ni por asomo. Somos perfectos.

El ligue habitual, hoy día, suele empezar más o menos como sigue. Empieza, en efecto, con un momento de *horror*.

Lo más típico es que se inicie con un viaje en automóvil, ya entrada la noche, hasta algún pequeño restaurante. El camarero acaba de traernos el dinero, nuestros honorarios, o lo que sea, y estamos sentados tranquilamente, resoplando y babeando dentro de nuestra copa de coñac, disfrutando de un perspicaz puro. Nos

damos cuenta de que la gente nos mira. Y no nos gusta nada que la gente se nos quede mirando... Entonces, nuestros ojos quedan fijos, como atraídos por un imán, en una figura femenina levemente inclinada que entra por la puerta con paso vivo, que cruza el comedor hasta llegar donde estamos nosotros. Rubia, morena, delgada, llenita, elegante, no tan elegante. Entonces da media vuelta. Ese instante en que se dan media vuelta, hasta cierto punto como si nos retaran, y vemos qué aspecto tienen, está cargado de una gran tensión. Personalmente, a estas alturas siempre siento alarma cuando se vuelven, tengan el aspecto que tengan. Porque estas relaciones con mujeres tienen una característica muy peculiar: nos lo dan todo en la primera cita. Bien, de vez en cuando hay que esperar a la segunda, pero por lo general ocurre en la primera. Invasión relámpago. Invasión relámpago y señorío absoluto. Una hora o dos aquí, como mucho, es lo que tardamos. ¡Oh, es una bendición! Puedes abordar a una mujer en una esquina, ponerte a darle voces, y diez minutos más tarde esa misma mujer está en tu casa, haciendo sabe Dios qué. En más de una ocasión, el primer contacto físico, el primer toque, ha sido una bofetada o un empujón: el roce de su mano sobre la cara de Tod y su débil mueca de... ¿Qué? ¿Lujuria? ¿Menosprecio? Todo lo que tiene que ocurrir, entre una cosa y la otra, es ese instante de horror que he mencionado antes. Inicia algo; legitima. Parece una condición indispensable.

Así pues, la mujer se sienta a la mesa, arrebolada, exaltada, imperiosa, resuelta —y, por descontado, muy enojada—, y entonces yo pongo la pelota en juego diciendo, más o menos:

—Por favor, no te vayas.

—¡Adiós, Tod!

—No te vayas.

—No serviría de nada.

—Por favor.

—Lo nuestro no puede seguir.

Lo cual suelo saludar, debo confesarlo, con un callado «sí, sí».

—Elsa —prosigue Tod. O Rosemary, o Juanita, o Betty-Jean—.

Para mí eres muy especial.

—¡No me digas!

—Pero yo te quiero.

—No te creo.

He observado, por supuesto que en el pasado, que muchísimas conversaciones tendrían bastante más sentido si se pasaran a la inversa. Pero cuando se trata de uno de estos cambios de impresiones entre hombre y mujer, da lo mismo en qué sentido se pase, porque no llegarán a ninguna parte.

—Por favor. Quédate a dormir.

—He venido a despedirme, Tod.

—Beth —dirá él. O Trudy, o lo que sea.

—Ya no me hace ninguna ilusión.

—Dame otra oportunidad.

Acto seguido, tiene lugar la escena ya referida. Dura muchísimo. Ojo, no interpreten mal a esas mujeres: Tod tiene sus cualidades. Es, lo reconoce todo el mundo, «muy afectuoso» (creo que sé qué quiere decir eso, pero ¿cómo pueden saberlo *los demás*?). Y no le reprochan sus defectos más obvios, como el hecho de que siendo médico salga con tres docenas de mujeres. No, el problema, al parecer, es que Tod no tiene sentimientos, no congenia, no se abre, siempre guarda algo para sí. Lo que Trudy, y Juanita, y todas las demás, intentan decir, me parece, es que Tod les pone la carne de gallina. Pero sea lo que fuere lo que sienten, sea lo que fuere lo que dicen o intentan decir, Tod nunca cambia de actitud.

Le gusta hacer el amor en la letal hora del crepúsculo. No les consiente que se queden a dormir, otra circunstancia que da pie a muchísimas discusiones. Solamente Irene se queda alguna vez a dormir... Abierto sobre su regazo, el bolso de Beth bosteza. Se siente pesarosa porque aquella relación tenga que acabar así. Yo, yo me siento pesaroso porque todo empieza de nuevo. Para cuando lleguemos al cabo de esto, lo sé (tengo experiencia de sobra), para cuando haya llegado a tomarles verdadero aprecio, a ellas y a sus deliciosas manías, empezarán a retroceder, irreversiblemente,

alejándose de mí, con besos cada vez más leves, con brevísimos apretones de mano, con el roce de una pantorrilla enfundada en una media por debajo de la mesa, con una sonrisa. Responderán con evasivas a las flores y los bombones. Sí, eso ya lo he vivido antes. Luego, un buen día, te miran como si no te conociesen. Y después te enteras de que han cambiado de trabajo, de que se han ido a vivir a otra ciudad. De repente, tienen hijos que han de matricular en la universidad, o viven con algún vejestorio al que llaman su marido.

Redondeándola con un cóctel, terminamos nuestra comida, pero seguimos sentados, empeñados en describírsela pormenorizadamente al camarero con ayuda de la carta para refrescarnos la memoria. En el coche, silencio de vuelta a su casa, y el acto del amor al anochecer. Precedido, como decía antes, por el momento del horror. Esta escena vespertina, en la que toman parte dos personas maduras, con sus gafas, con su cabello, con sus pesados zapatos viejos, con esa confianza extra que ella, sobre todo, necesitaría sentir, y que puede que no sienta, no carece de connotaciones patéticas. Aquí está, como un repique de campanas: una mirada femenina desnuda. Su cuerpo probablemente también está desnudo a estas alturas, pero no hay nada tan desnudo como los ojos de los seres humanos: ni siquiera están cubiertos de *piel*. El repique de campanas que señala el momento en que esos ojos se han concentrado intensamente. Su mirada —absoluta comprensión, asombrada repugnancia— parece manifestar que acaban de verlo todo, lo que se dice todo, incluida la figura del sueño, con su bata blanca y sus botas negras y, en su estela, un cielo nocturno repleto de almas. Bien, poco importa lo que hayan visto, no parece que pueda preocuparles demasiado. Quién sabe, hasta podría representar un malsano estímulo sexual. Segundos más tarde, un suspiro da testimonio de la increíble invasión de Tod. Y bien pronto todo ha concluido. Después, no hay más que una conversación cargada de repeticiones o una especie de *charla amistosa*, llena de: *Es como si no te conociera, de veras, o ¿Qué demonios pasa aquí en realidad?*, o *Muéstrame cómo eres de verdad*. El Tod de verdad,

el auténtico. Por descontado que yo también tengo curiosidad. El auténtico Tod: mostrádmelo. Sólo que no estoy totalmente seguro de que desee verlo.

Quizá Irene lo explica mejor —por lo menos, lo explica más a menudo— cuando le dice a Tod que es un desalmado. Al principio me lo tomaba muy a pecho, y me sentía hecho polvo. Pese a todo, Irene no le abandona. Tod no debe de ser tan malo, si ella sigue con él. No está obligada. No es nuestra madre... Ni que decir tiene que Tod no se ha preocupado de obsequiar a Irene con detallados informes acerca de sus nuevas relaciones, sus invasiones, sus conquistas, sus apacibles anexiones. Pero ella le conoce bien. Es muy observadora. Fue ella, por ejemplo, quien advirtió algo en lo que yo no me había fijado: que Tod no es capaz de hablar y sonreír a la vez. Claro que tal vez no quiera hacerlo, o no necesite hacerlo... Se las arregla la mar de bien con todas esas señoritas y sus variados cuerpos, sus variables humores. Yo, entretanto, sufro. He descubierto que soy muy vulnerable a la confusión y al sentimiento. Si se me permitiera obrar según mi voluntad, cosa que no ha ocurrido y que jamás ocurrirá (porque soy impotente: no puedo hacer que las cosas cambien), le sería fiel a Irene. Por lo menos, hasta que apareciera mi mujer. Cuestión de principios. Un hombre, una mujer: creo que esto se lo debemos al cuerpo humano. Me siento como un ardiente fantasma, como un mudo derramando lágrimas de ansiedad, cuando Irene está entre nuestros brazos. «Tod puede jugar con dos barajas», me gustaría susurrarle, «pero yo te soy fiel. Soy constante. Soy sincero».

En el sueño siempre aparece esta sala, más bien un cobertizo de jardinero, una cabaña. Las herramientas no son las que debieran. El ambiente tampoco. Hay gente reunida allí dentro. Es una sala en la que algo mortal será monótonamente decidido.

Algo en lo más recóndito de la mente de Tod insiste, en forma de sueño, en que Tod sienta dolor. Los sueños nos lo manifiestan con

su miserable iteración. Y miedo. Tod tiene grandes depósitos en el banco donde se guarda el miedo. A veces, alrededor de la medianoche, Tod Friendly crea cosas. Furioso, fuera de sí, se pone a arreglar y a sanar. Agarrando el maderamen y el asiento tapizado, con un solo golpe contra el suelo, con un solo impacto, creará una silla de cocina. Con un hábil y feroz golpe de su pie dolorido alisa una honda concavidad en el panel lateral de la nevera. Con un cabezazo arregla el resquebrajado espejo del cuarto de baño, y sana asimismo el feo cardenal de su frente curtida; luego se queda plantado, mirándose al espejo con los ojos temblorosos.

He hablado ya de los tres estímulos, las tres cosas que afectan sobremanera al *cuerpo* de Tod. Que tensan el cobrizo cable del freno de emergencia que corre por sus intestinos. Pero hay una cosa más, la cuarta. Como las uñas quemadas, emana del fuego. ¿Será el fuego en sí mismo otro estímulo? El fuego, que cura dolorosamente y crea con tanta profusión partiendo del fétido humo y el caos...

Una vez al año nace de las llamas la misma carta. Tod se sienta y observa ensimismado el hogar, mientras escucha el rumor de gargantas desnudas y lenguas ondulantes que emite el fuego. De su laringe brota el complicado clic de la náusea. No puedo leer en la mente de Tod, claro está. Pero soy el oculto copartícipe de su cuerpo. ¿Qué le ocurre? Esto: un tormento, una tremenda infección del miedo más abyecto. Y alivio, un vergonzoso alivio. Entonces se alisa la carta, que pasa del negro a un blanco uniforme en medio del calor y luego es depositada en nuestra mano tendida.

El mensaje de la carta es siempre el mismo. Sí, realmente es el estilo epistolar que cabría esperar que le gustara a Tod Friendly: inmutable, seco, directo, como la publicidad postal. Esto es todo lo que tiene que decirle la carta:

Estimado Tod Friendly: Espero que esté tan bien como nosotros. Me complace informarle de que aquí el tiempo sigue en calma.

Atentamente. Luego, la firma histérica, bajo la cual aparecen mecanografiados, complacientemente, este nombre y este título: Reverendo Nicholas Kreditor. «Aquí» (donde el tiempo siempre está en calma) es Nueva York, de acuerdo con el encabezamiento; más en concreto, el Hotel Imperial, en Broadway.

Y eso es todo. Lo único que suscitan las cartas en mí es un bostezo de inanición anual. Pero Tod se lo toma como si Nueva York estuviera aquí al lado, y como si lo del tiempo en calma significase lluvias torrenciales, vientos huracanados y un aparato eléctrico digno de las tormentas venusianas. Permanece largo tiempo sentado ante la chimenea, con la botella de whisky, la química alerta. Por la mañana, dejaremos la carta sobre el felpudo, con el resto de la basura, y desaparecerá, igual que el miedo de Tod.

¿Cómo reaccionaría si amenazara tormenta en Nueva York?

Es significativo, lo veo cada vez más claro, que casi todas nuestras relaciones amorosas toquen a su fin en los consultorios de los Servicios Médicos Asociados. Prevalece allí una formalidad profesional mientras estamos junto a cualquiera de nuestras amigas, contra el telón de fondo de las gráficas de peso y de estatura, las escalas de nutrición, los consejos para realizar los escáneres y los frotis, y los carteles diciendo cosas como: ¿TIENE ENDOMETRIOSIS? NO SE ASUSTE. No ocurre allí gran cosa, físicamente, quitando los toques en la frente o que les tome el pulso. ¡Ah, sí!: Tod ejerce sobre ellas una levísima violencia con unos alfileres: «¿Siente la carne adormecida?». Se diría que nuestras amigas lo toman como un chiste, al menos al principio; parecen predispuestas al flirteo y la connivencia. Creo que deben de ser las preguntas de Tod las que hacen que se alejen de nosotros. «¿Cuánto tiempo lleva casada? ¿Es su esposo un hombre activo? ¿Lleva una vida... una vida plenamente *satisfactoria*?». Nuestras amigas nunca llevan una vida plenamente satisfactoria. Todas se quejan, doloridas, de vivir una existencia vacua. De todos modos, estas preguntas caen sobre ellas como un jarro de agua fría.

Aunque tal vez sea algo mucho más simple, relacionado con el

hecho de que vean a Tod en su entorno natural, de que vean en él al médico, al portero, con su bata blanca y sus botas negras. Nuestras queridísimas amigas salen de aquí retrocediendo, para siempre, con una nueva expresión en sus caras y hacen una pausa después de cerrar la puerta, para llamar suavemente con los nudillos, muy suavemente, en el ataúd del amor.

Con todo, hay muchas más en el lugar de donde proceden. Se las encuentra por todas partes. En la Casa del Todopoderoso, en el Aparcamiento Correcto, en los bares, en los portales, sobre todo las noches lluviosas, a veces con una bufanda, abrigadas para protegerse del viento y el frío, a veces desnudas en extraños apartamentos.

Así pues, esta inmersión en los cuerpos de los otros es casi permanente. Y son cuerpos muy amables, ¿verdad? ¿Es eso lo que se supone que debo pensar? Sí, bien, de acuerdo: *son* de lo más amable. Lo perdonan todo. Cuando envejecen. No son capaces de juzgar. Como Irene, cuya nívea voluminosidad lo perdona todo. Al menos, eso es lo que dice.

—Más vale que no lo sepas —susurra Tod a oscuras, antes de ponerse a soñar.

—Sea lo que sea, te lo podría perdonar.

—Más vale que no lo sepas —susurra Tod.

Más vale que Irene no lo sepa. Más vale que yo no lo sepa. Más vale que no lo sepa nadie.

Además, hay que contar con nuestro propio cuerpo, nuestro instrumento corpóreo, del que ahora estamos tremadamente orgullosos. ¡Qué activo movimiento el de nuestras zancadas! ¡Diantre! ¡Y con qué claridad y energía obran nuestros movimientos intestinales! ¡Con cuánta perfección funcionamos...! No es de extrañar, supongo, que las damas se prenden de nosotros y nos aborden decididas, al ver nuestro rostro impasible y oblongo, nuestras manos limpias y poderosas. Para quien le guste ese tipo

de hombre, modestia aparte, Tod es increíblemente guapo... Ese cuerpo: el orgullo que siente por él, pondría la mano en el fuego, está relacionado con el miedo de que alguien pueda dañarlo, pueda mutilarlo o aniquilarlo. Claro que ¿por qué querría nadie hacer tal cosa? Es posible que los médicos quisieran, pero Tod no utiliza sus servicios, ni siquiera se acerca a ellos. «Más vale que no hagas caso de los médicos», le dice a Irene, y es entonces cuando está más cerca de hablar y sonreír al mismo tiempo. «Tratarán de clavarte sus bisturíes. No dejes, ni de broma, que se te acerquen con sus cortantes bisturíes». Esbelto y bronceado ante el espejo del cuarto de baño, Tod siente un orgullo transido de sobresalto y de vacilación. Sigue, quisiera poder decirle. Hay una representación de lo que sientes. Inclínate y retrocede humildemente con las manos en las caderas. Oculta tu mezquino corazón.

De momento, tomo asiento en el espacioso bar restaurante, en este salón de babear, de este coqueto vomitorio. Ha venido la mujer, así que ahora toca carne con lágrimas, mientras la comida crece y se calienta sobre nuestros respectivos platos. Un momento: ésta es vegetariana. Dice que ama a todos los animales, pero del dicho al hecho hay mucho trecho. Pronto... ¡diantre!, qué rutinario es todo lo que acompaña a un acto carnal. Primero la tristeza y el desorden, luego la evanescente trascendencia; después, los cuerpos que se vuelven a poner las ropas, y, por fin, unas cuantas palabras y algunos gestos, antes de que cada cual se vaya por su lado.

Tod suele tener otro sueño, en el cual es una mujer. También yo soy una mujer: en este sueño soy actor, amén de espectador. Hay un hombre cerca de nosotras, con el rostro apartado, que nos vuelve a medias su pétreo espalda. Nos podría hacer daño, por supuesto. Pero también podría protegernos, si quisiera. Confiamos en su protección, pero no nos hacemos ilusiones. No tenemos más remedio que amarlo nerviosamente. Tampoco tenemos cabello, lo cual es poco corriente, sobre todo en una mujer. Me encanta decir que en este sueño no aparece ni un solo bebé. No hay bebés, ni poderosos ni de la clase que sea. No hay bebés bomba, bebés con

el poder de las bombas. En este sueño no hay niños.

El tiempo se dirige ahora hacia algo. Se derrama hacia atrás sin que nada lo pueda evitar, como los reflejos en el parabrisas de un automóvil que corre por la ciudad o el bosque.

Gemelos idénticos, enanos, espíritus, las vidas amatorias de Calígula y de Catalina la Grande y de Vlad el Empalador, nubes nórdicas de hielo, la Atlántida, el dodo.

Un momento; alto. De pronto, Tod ha empezado a leer folletos de propaganda turística en los que se ensalzan ciertas zonas bastante remotas del Canadá. Los encuentra en la basura, claro. Actualmente, el Canadá es el lugar donde se refugian los jóvenes que deberían estar en Vietnam. Es posible que Tod esté sopesando la idea de ir a Canadá. Puede que esté pensando en ir a Vietnam. Vietnam podría sentarle bien, pero que muy bien. Los *hippies* tartamudos y los drogadictos gordinflones que van allá, vuelven con un aspecto espléndido, bien arreglados, sensatos, después de haber pasado una temporada en la guerra, en Vietnam, en lo que llaman *la mierda*.

La última carta de Nicholas Kreditor pone al descubierto un oculto talento para el detalle y la ampulosidad. El tiempo, allí, en Nueva York, «aunque recientemente revuelto», escribe Kreditor, «¡ha vuelto a la calma!». Creo que está equivocado. Creo que se avecina un cambio. Creo que, de una vez por todas, amenaza tormenta.

Supe que algo ocurría así que Tod empezó a vender los muebles. Durante el tiempo que duró la venta guardé un malhumorado silencio, como una esposa. Hasta el último mueble fue colocado en un camión que se los llevó, y todos los electrodomésticos, que tanto trabajo me ahorraron, y las alfombras, y las cortinas; todo, en fin. ¿Por qué me castigó Tod de esa manera?

Se lo pasó en grande, como nunca, buscando nuevas formas de afear la casa. Se ponía el mono los fines de semana. Iba de un lado a otro medio en cuclillas con hambre simiesca, buscando objetos que destrozar y desfigurar.

Con la instalación eléctrica hizo un trabajo demoledor. Me obligó a pasar muchísimas medias horas agotadoras agachado bajo los suelos de madera, bajo las viguetas, mientras su mano ansiosa sostenía un rollo de hilo o de cable; la platónica negrura de aquel mundo subterráneo se convirtió en imagen emblemática de nuestra vida nocturna, iluminada por las velas, atravesada por los haces de las linternas; llegué a imaginarme nuestra antigua existencia como una ilimitada catedral llena de luz. Hizo algo similar con las cañerías. Un trabajo realmente terrible, el del fontanero. Todo está a espaldas de todo lo demás: te conviertes en codos y rodillas, con la mejilla aplastada contra la víscera de cobre. Sea como fuere, funcionó: ahora no tenemos agua corriente. Sólo el grifo del jardín. Ir al cuarto de baño en estos tiempos es una excursión de lo más pesado: la taza se convierte en una especie de géiser, y Tod tiene que estar muy al tanto, con su cubo. La vida retumba, se balancea y rasca con tantos cubos y baldes. De momento tenemos que vivir sobre el desnudo suelo de la planta baja, con cabos de vela y la estufa de gas butano y comidas improvisadas sobre un plato de papel. A esto nos ha llevado Tod. Quiero decir que, cuando me uní a él, jamás pensé que... Fuera, el jardín defoliado, los matorrales calvos, el césped que da pena, la tierra requemada.

No fue el tenerno que apretar el cinturón lo que me deprimió, ni la animación recalcitrante y siniestra de Tod, que por lo demás tampoco duró demasiado. Después de todo, no me queda más remedio que seguirle; lo de menos es qué estilo de vida decida llevar. Fue la soledad a mi alrededor, debajo de mí: eso fue lo que no pude soportar. El brillo de sacerdotal indiferencia en los rostros del tendero y el camarero del bar. El pálido olvido en los ojos de los vecinos. También empieza a suceder en el trabajo: lo noto. En cuanto a las mujeres... bueno, muchas gracias, señoras mías. Me

fueron dejando una tras otra. Irene es la única que persiste. Difícilmente podría haber tenido más tacto acerca de nuestra situación, aunque estuviese de un humor comprensiblemente solemne y precavido. Algo me dice que también dejaré de verla durante un tiempo. ¡Diantre, si hasta la perra del vecino me ha dado la espalda, y ahora me odia! Antes se colaba por entre las estacas de la cerca y me traía sus huesos. Daba saltos, hacía cabriolas. Ahora no me dirige más que tensos gruñidos y me mira fijamente con un aborrecimiento palúdico. ¡Será perra...! Es lo que dice la canción... es la pura verdad. Cuando te hundes, cuando bajas y bajas en la escala social, nadie te conoce. No te conoce ni Dios.

Llegó el día fatídico. Nos mudamos a un estudio en Roxbury. No voy a describir su interior. De todos modos, apenas puedo verlo, envuelto por la neblina de mi dolor. Bueno, espero que Tod esté contento... La verdad es que no lo está; ya no es feliz. Últimamente pasa muchísimo tiempo absorto en una ebria plegaria. Las únicas ocasiones en que parece sobreponerse son las visitas a nuestra antigua casa para ver al agente de la propiedad inmobiliaria. Los dos van pasando de habitación en habitación, asintiendo con la cabeza, al parecer admirados por las reformas que ha realizado Tod. Nuestra vieja casa... ¡vaya cambios hizo Tod en ella! No envidio a los nuevos inquilinos. Son *hippies*, o gitanos, o *squatters*, o lo que sea. Y se han instalado en ella lo mejor que han podido. Lo siento, muchachos. ¿Qué se ha hecho de esa elemental regla que consiste en dejar el cuarto de baño como esperas encontrártelo cuando lo vayas a utilizar? Bueno, nosotros hicimos lo que nos tocaba, ya fuera de una forma o de otra. Nadie puede negar que la casa ha quedado convertida en un enorme cuarto de baño.

Para completar el cuadro, ahora atravesamos una serie de frustrantes, amargas degradaciones en los Servicios Médicos Asociados. Un viernes por la noche hago entrega de mi limpia bata, color crema, y me pongo una especie de delantal de carnicero, épica e indescriptiblemente sucio. Se podría decir lo siguiente de esta nueva situación: nos devolvió a una etapa anterior a la de

nuestra práctica médica. Nos trasladó, de repente, al almacén, a los hornos incineradores de desperdicios, al camión de la basura y al vertedero municipal. De esa instalación tan especial, el vertedero municipal, es, ni más ni menos, de donde procede todo, lo que se dice todo. De vuelta a la sala de las calderas, con las bolsas de cincuenta litros de capacidad, me remango y empiezo a rebuscar, a hozar en montones de apósitos, de vendas, de fragmentos de yeso, de frascos rotos y de jeringuillas destrozadas, de cultivos aplastados. También se saca material del incinerador, del que me ocupo yo. Luego distribuyo todas esas porquerías; tras meter cada trozo en el cubo correspondiente —todos tienen un pedal para accionar la tapa—, me los llevo en un carrito por todo el edificio, en donde no me conoce nadie. Ése soy yo, el sucio vagabundo que lleva guantes industriales. Huelo igual que si me acabaran de practicar una importante operación. Todo mi ser traqueta y cruce, lleno de cristales rotos, pero no importa, porque por más que me huelan no me ve nadie, no me conoce nadie.

Es como si fuésemos invisibles. Quizá sea ésa la intención de todo este proceso: la búsqueda de la invisibilidad. Se puede encontrar, la invisibilidad, quiero decir, al menos un rato, en medio de las masas o tras la puerta cerrada del cuarto de baño (donde, mientras dura esa onerosa gestión, por común consenso, todo el mundo es invisible), o bien en el acto del amor; si no, se puede encontrar aquí mismo, donde no te conoce nadie. Jo, mi colaborador en la selección de los desperdicios (viejo, gordo, negro, pesado, pegado al calor del incinerador: «¡Eh!». «¡Jo!». «¡Jo!». «¡Eh!»), sí me conoce. Y el doctor Magruder a veces lanza su potente resplandor hacia donde yo estoy, mientras voy de ronda. El amigable Tod Friendly no tiene amigos. Nos movemos sin fricciones, cabizbajos, mirando al suelo. Estamos definitivamente en el camino de salida.

¿Será el secreto del ser humano que no es nada sin los demás? Desaparece. Hasta el propio Jo ha empezado a mirarme de forma muy rara, como si yo no estuviese del todo aquí. El único cuerpo

que nos queda, es el nuestro. A todo esto, si somos perversos y más nos valdría no ser vistos, ¿por qué somos cada vez más bellos?

Ahora voy en tren, con rumbo sur; atardece. El Atlántico americano se mueve ante mis ojos. Todo ha terminado. No tengo ni idea de adónde voy: nuestro billete, entregado con una desdeñosa sacudida por el cubo de la basura de la estación, lleva el nombre de nuestro punto de partida, pero no el de nuestro destino. Creo que algo similar podría aplicársenos a Tod y a mí, a nuestra identidad. «Tod Friendly», gruñe sin cesar Tod Friendly sin abrir la boca, como si intentara recordarlo, o incluso aprendérselo. Nuestra penosa impedimenta: una maleta pesadísima, imposible de transportar, llena de ropa y de dinero, de nuestros restos humanos, y un cuerpo en el que la adrenalina podrida se ha coagulado. El corazón de Tod se cierra como una ostra cada vez que cualquier otro de los cuerpos del vagón hace un movimiento inesperado. Transportes del corazón y del tren... ¡Vaya! Aquí están las solapas de sarga del revisor, con su cuello inclinado para juzgar. Perfora mi billete y se va, no sin mirarme con ojos interrogantes. Sí, es verdad: no nos encontramos nada bien. ¿Será mejor, quizá, que nos sentemos en el otro sentido? El tren dice Tod Friendly Tod Friendly Tod Friendly...

¡Basta! ¡Qué se pare el tren! No sé cómo, se me ocurrió que estaba en condiciones de superar una odisea. Estaba dispuesto a descender sin parar, aunque en un plano más bien modesto. ¡Diantre, mis pobres miedos de burgués!: otra residencia indeseable, quizá más compañía de baja estofa (si es que la tenía), o incluso (esto lo habría afrontado con semblante de mártir) la vida errante. ¡Venga, anímate! Las glándulas de Tod tienen el pulso de los sueños y rechinan de pesadilla en pesadilla. Así que quizá sean éstas las cosas hacia las que nos dirigimos: la bata blanca y las botas negras, el bebé combustible, el peto sucio y colgado de un gancho, el aguanieve de las almas. La habitación de madera en la

que algo letal será lúgub्रemente decidido. Todo el mundo sueña que le hacen daño. Es muy fácil. Mucho más duro es recobrarse del sueño en que se hace daño... América pasa veloz por la ventanilla, ganado, madera, trigo, ofrendas de un mundo más joven. Con impaciente ansiedad busco la calma en el océano, pero no en su nerviosa superficie ni en sus bordes desgastados, sino en la recóndita profundidad a la que todo es a la postre devuelto.

Tiene que ser Nueva York. Ése es nuestro destino: Nueva York y su tiempo tormentoso.

Tod viaja rumbo a su secreto. Parásito o pasajero, yo viajo con él. Será algo malo. Será algo malo, e ininteligible. Pero sabré una cosa acerca de ese secreto (y al menos la certidumbre proporciona consuelo): conoceré toda la maldad que encierra. Conoceré la naturaleza de la ofensa. Y hay algo que ya sé. Sé que tiene que ver con la basura y la podredumbre, y que es algo intempestivo.